

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 164.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Banquete dado por el comercio al Sr. gobernador del Senegal; grabado. — Un obispo y un magnate. — Revista de París. — La escuela de aplicación del cuerpo de estado mayor; grabados. — Valeriano. — Kinburn; grabados. — Un nido vacío. — Exposición Universal de la Industria — La locomotora del sistema Crampton; grabado. — La casa de correos en San Petersburgo; grabados. — El barbo de Utebo. — La judía castellana. — La madre sin ventura. — Boletín científico. — La isla de Boobi; grabados.

En nuestro número 163 hemos dado cuenta á nuestros lectores de una expedición francesa en el Senegal. Con motivo del éxito brillante de la expedición, el comercio de San Luis quiso obsequiar al señor gobernador

con un banquete espléndido. Hé aquí lo que dice sobre esta fiesta el corresponsal francés, autor del adjunto dibujo:

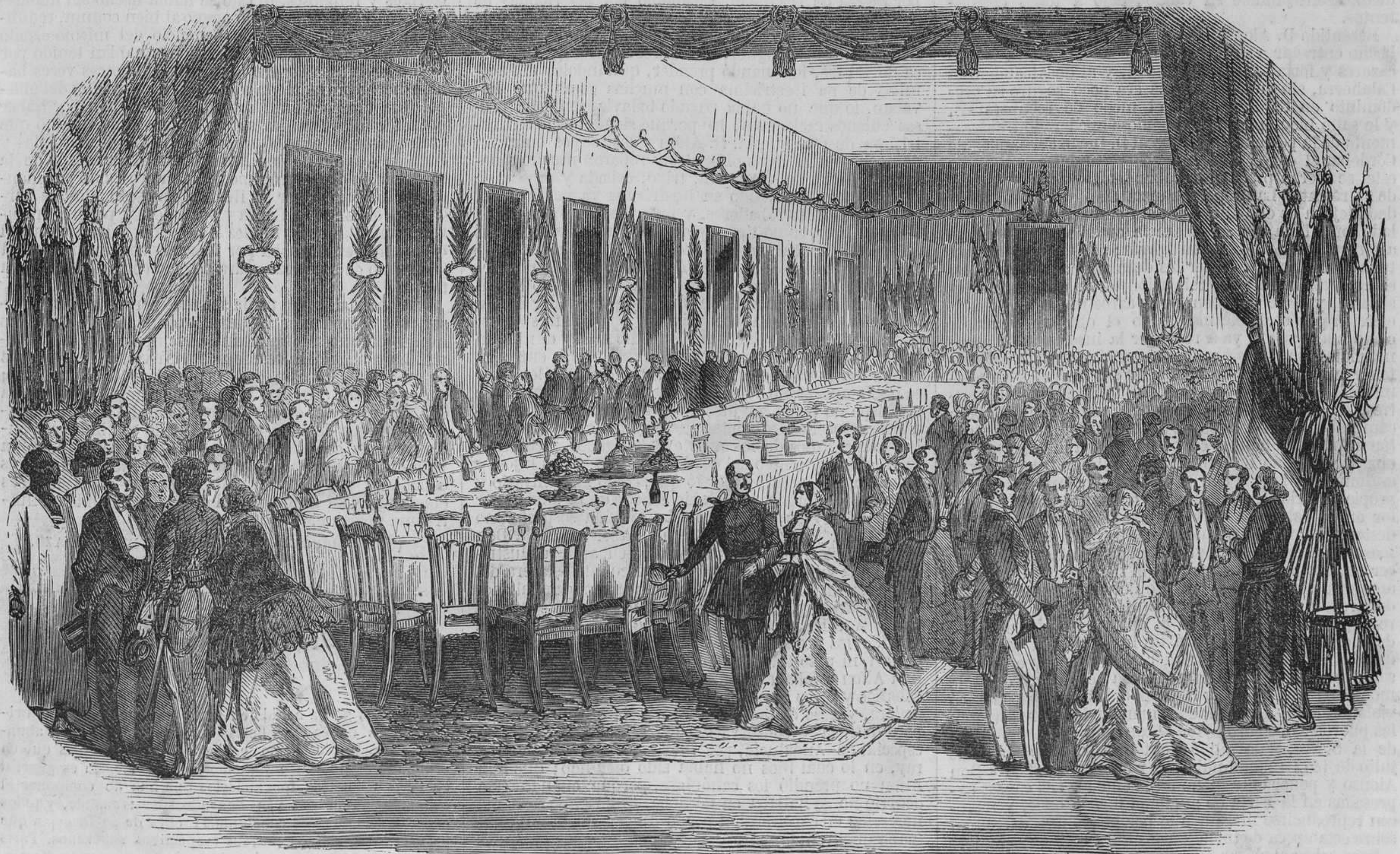
« El comercio del Senegal deseando dar al señor gobernador Faidherbe una prueba de su simpatía, y en muestra de gratitud por las útiles reformas que ha llevado á cabo en ménos de un año, le ofreció el 11 de noviembre un banquete al que asistieron mas de 150 convidados, así como tambien su ordenador, el jefe del servicio judicial, el comandante de infantería, el comandante de artillería y el de la rada, el prefecto apostólico y el médico mayor de los hospitales de la marina.

» Los diferentes cuerpos estaban representados tambien por los oficiales y funcionarios de todos grados. Seis comisarios á quienes se unieron los altos funcionarios de la colonia fueron al palacio del gobierno á las diez y media para acompañar al señor gobernador al lugar de la fiesta.

» El señor gobernador fué recibido á la puerta exterior del edificio por el presidente del banquete y los demás comisarios, y una vez que entró y tomó asiento, dijo: — Señores, ¡á S. M. el Emperador!

» La asamblea respondió á este brindis con vivos aplausos. En este momento se oyó una salva de veintium cañonazos.

» Entónces los convidados pudieron admirar el hermoso golpe de vista que ofrecia una mesa espléndida adornada con un gusto perfecto. Los adornos de la sala realizaban el brillo de la reunion: colgaduras de diferentes colores desplegadas con arte, trofeos de armas elevados á las dos extremidades de la mesa, espejos enormes colocados á corta distancia unos de otros, escudos rodeados de flores y en medio de los cuales se leían los nombres de las victorias ganadas por nuestras tropas hace ocho meses, todo esto iluminado por los rayos de un sol esplendente producía un efecto maravilloso.»



Banquete dado por el comercio al Señor gobernador del Senegal.

No hay para que añadir que se echaron los brindis mas elocuentes, y que en todo el banquete reinaron la cordialidad y la alegría.

Un obispo y un magnate.

(Estudio histórico.)

Depuesto en Avila el rey D. Enrique IV y elevado al trono en su lugar su hermano el infante D. Alonso, declaróse en Córdoba por el intruso, el inquieto Don Alonso de Aguilar y otros grandes caballeros, con Don Martin Fernandez alcaide de los Donceles; y por el rey legítimo, el obispo, el conde de Cabra y otros caballeros principales: con lo que quedó la mejor parte de Andalucía dividida en dos poderosos bandos que se hicieron sangrienta guerra. Los hechos referentes á esta lucha intestina y sacrilega son muy poco conocidos: la catedral de Córdoba los conserva en su célebre archivo (1) donde nos los ha permitido registrar la ilustrada generosidad de su cabildo, y de ellos se desprende una viva pintura del infeliz estado de la monarquía en tiempo de D. Enrique el Impotente, puesto que completa la triste serie de guerras civiles, robos, muertes y profanaciones en que ardian las otras provincias de España.

D. Alonso de Aguilar se habia hecho tan dueño de Córdoba, que echó fuera al corregidor y demás ministros del rey, y usurpando la jurisdicción antigua de alcalde mayor, prendia y desterraba, cargaba echos á eclesiásticos y seculares y no habia quien pudiese contenerle. El obispo D. Pedro de Córdoba y Solier, hasta entonces amigo suyo, habia procurado en vano refrenar sus arrebatados ímpetus, pero viendo que nada obtenia y no teniendo fuerzas para contrastarle, se salió de la ciudad y se refugió en su castillo de Toledillo, donde publicó entredicho y anatema contra D. Alonso de Aguilar por haberle nada ménos que quemado y saqueado su palacio episcopal, cometiendo otras injurias y violencias contra sus familiares.

Murió en 1468 el infante D. Alonso, causa principal de la division del reino; sus partidarios se acobardaron, y los fieles al rey se llenaron de júbilo. La repulsa de la prudente y virtuosa Doña Isabel (después reina católica), á quien quisieron los primeros entregar la corona, acabó de desarmarlos, y así todos por necesidad volvieron á la obediencia del rey jurando á la infanta por sucesora.

D. Enrique, entregado ciegamente al marqués de Villena, que solo atendia al logro de sus intereses con la discordia de los demás, al pasar á Córdoba con objeto de acabar la pacificación de los ánimos, solo consiguió encontrarlos de nuevo, porque con las providencias que dictó aconsejándole su valido, dejó á todos descontentos.

Resentido D. Alonso de Aguilar de que le hubiesen hecho entregar á su enemigo el conde de Cabra los alcázares y fortalezas de la ciudad, y al de Alcaudete la Calahorra, sin cuyas defensas era poco seguro su dominio en Córdoba, ideó el modo de recuperarla, y le salió bien, porque habiéndose apoderado traidoramente de la persona del mariscal D. Diego Fernandez de Córdoba, el conde de Cabra y sus parciales, amigos de este, se vieron precisados á abandonárselas como precio de su rescate. La preponderancia de Aguilar en la ciudad alejaba de ella al obispo; sin embargo el buen prelado contribuía con su presencia cuando era necesario á remediar los males de su Iglesia; porque á la general turbación introducida por los desmanes de los grandes, se agregaba una gran relajación en la disciplina eclesiástica, y hubo casos en que, arrojando la tiranía ejercida por el de Aguilar, tuvo el obispo que acudir como buen pastor, ya á reprimir la insolencia de algunos malos canónigos á quienes aquel favorecía, ya á contener al prepotente magnate en sus injustos procedimientos con otros prebendados. En una ocasion el chantre D. Lope de Sandoval, que por lo visto era mejor para campeon ó bandolero que para sacerdote, se atrevió á tomar posesión de una canongía contra la voluntad del obispo y cabildo de canónigos, á quienes tocaba darla, asaltando la iglesia con gente armada reunida por su propia autoridad. Otro día, por haber defendido con calor en el cabildo á varios prebendados atropellados y desterrados por D. Alonso, y contribuido á que se tomase un acuerdo en cuya virtud debían los desterrados ser tenidos por presentes todo el tiempo que durase su ausencia, el poderoso árbitro de Córdoba fraguó la ruina del prelado: tan buena traza se dió, que logró del mismo rey enviarse carta firmada al obispo rogándole saliese de la ciudad y se retirase á un lugar del obispado; no quiso obedecer D. Pedro Solier, y D. Alonso de Aguilar sorprendiéndole con gente armada se apoderó de él, le montó en una mula, y tomando las riendas, le sacó violentamente de la ciudad, mandando se le cerrasen las puertas. D. Pedro se fué al convento de S. Gerónimo de la Sierra, y de allí á Montemayor, donde á 1.º de julio de 1472 mandó publicar por excomulgado á Don Alonso y poner entredicho en la ciudad. Las causas expresadas en la carta de anatema fueron once, y merecen reproducirse literalmente por la luz que derraman sobre esta época de turbulencias tan digna de estudio.

Hace saber el obispo en su carta-excomunion á los se-

ñores dean y cabildo, capellanes mayores de la capilla de S. Pedro, y á los demás rectores y clérigos de todas las iglesias de la ciudad de Córdoba y su obispado, que habia seguido algunos procesos contra D. Alfon señor de la casa de Aguilar, así de oficio como á petición fiscal y fraccion de la santa iglesia, como tambien por haberse apoderado de las rentas de los diezmos de Cañete por su propia autoridad muchos años, por lo cual habia incurrido en excomunion mayor; y debiéndose guardar entredicho, lo declaraba y mandaba se tuviese por tal por las causas siguientes: — « 1.ª porque habia D. Alfon dado muchas armas y caballos á los moros; 2.ª porque prendió seis canónigos de esta santa iglesia porque obedecieron los mandamientos apostólicos, y los tuvo presos mas de seis meses, siendo presbiteros, diáconos y subdiáconos; 3.ª por haber tenido como tenia la torre de la iglesia y obra de ella encastillada; 4.ª por el quebrantamiento de las casas obispales y quema de ellas, y por la fraccion de la iglesia; 5.ª porque habia muchos años que tenian impuesta imposición en esta ciudad llevando de dicho señor y de su clerecía y religiosos y conventos de ella la dicha imposición, debiendo ser por lo mismo excomulgados con el referido Don Alfon los siguientes: García Mendez de Sotomayor, comendador de la orden de Santiago, Alfon del Castillo, Ferran Cabrera, Pedro Mendez el mozo, Alfon Mendez, Pedro de Cárdenas, Gonzalo de Mesa, Alfon de Angulo, Juan de Angulo, Juan de Sosa, Ferrando de las Infantas, Ferrando de Luna, Juan de Cárdenas, Pedro Gonzalez de Mesa, Pedro de Hoces, Pedro Cabrera, Pedro de Aguayo, Anton Cabrera, Pedro de Córdoba, Gonzalo de Cárdenas, el bachiller Gonzalo de Cea, Martin de la Cuerda, Pedro de Torreblanca, Diego de Ferrera, Sancho de Córdoba, Diego de Córdoba, su hijo, Juan de Valenzuela, el bachiller Alfon Rodriguez, Juan de Baeza y Ferrando de Baeza, veinticuatro de Córdoba, los cuales habian concurrido con D. Alfon señor de Aguilar en la referida imposición, Gonzalo y Alfon de Baeza, escribanos; y se debia guardar entredicho hasta tanto que restituyesen todo lo quitado al obispo y su clerecía, y levantasen la referida imposición; 6.ª (que comprendia juntamente con D. Alfonso á Gonzalo de Godoy) porque cuando fueron declarados por públicos excomulgados el dicho D. Alfon y los que le ayudaron á quemar y robar las casas de su ilustrísima, y á quebrantar las puertas de la iglesia, el referido D. Alfon mandó á Gonzalo de Godoy, alguacil que entonces era, que prendiese, como prendió, á muchos escuderos del Sr. obispo, y les quitó mucho de lo que tenian, y los puso en mazmorras, así en Cañete como en Montilla y Bujalance; 7.ª porque estando su ilustrísima en San Gerónimo, dicho D. Alfon y la ciudad de Córdoba enviaron á Juan de Angulo y á Pedro de Cárdenas para desterrar á su ilustrísima, lo que en efecto hicieron, y pasó en 2 de mayo del año 69. Después, á 24 de marzo del presente año, el dicho D. Alfon desterró á su ilustrísima echándolo por fuerza de la ciudad, sacándolo por las riendas de su mula; 8.ª por haber sacado por fuerza á muchos de los retraidos en la iglesia; 9.ª porque viviendo Alfon de Jaen y Diego Rodriguez, racioneros de esta iglesia, cerca de Castro, los mandó prender, quitándoles dos acémilas de su ilustrísima con muchas cosas que llevaban, lo que no habia pagado todavía, teniendo presos á dichos racioneros; 10.ª porque siendo electo su ilustrísima de esta iglesia, D. Alfon y los suyos entraron de noche en las casas obispales y robaron mucho dinero en especie, en vino, pan, trigo, cebada y preseas de casa, y después, siendo su ilustrísima ya confirmado, excomulgó á los robadores, y muy pocos restituyeron; 11.ª por tener, como tiene, por fuerza tomadas las casas obispales y embargado cuanto en ellas habia. »

Publicada esta carta, acudió D. Alonso de Aguilar legalmente representado por el bachiller D. Diego Rodriguez de Jaen, apoderado tambien y procurador de los consortes en la causa de Aguilar, y apeló ante su ilustrísima pidiendo se declarase lo hecho nulo y de ningun valor y efecto, por varias razones que alegó, entre las cuales figuran como principales: « Que el D. Alonso no se habia apoderado de los diezmos como se suponía; que el obispo no podia ser juez de la causa por ser notoriamente sospechoso y capital enemigo del señor de Aguilar y de algunos de los otros excomulgados, y confederado, aliado y amigo del conde de Cabra y sus hijos, y de su valía y opinion, por lo que, como su contrario y enemigo declarado, habia sido echado de la ciudad por orden del rey; que mediante la referida sospecha no podia tener jurisdicción, ni podia haber citado á Don Alfon y consortes á que compareciesen ante su ilustrísima en la villa de Montemayor, por cuanto esta era del señor Martin Alfon que estaba en la misma parcialidad, confederación y adversidad que su ilustrísima contra el citado Aguilar y consortes; y aunque decia que habia seguido los dichos procesos á petición del cabildo, no era así, ni pasó tal cosa. Que aunque la carta decia que Don Alfon estaba excomulgado por haber dado armas, caballos y otras cosas á los moros, la causa no era verdadera, y caso de haberlo hecho, seria con justa razon, para defensa y conservación del reino de Castilla, en especial de Andalucía, por mandado y con poder del rey, en lo cual Dios no habia sido ofendido; que Don Alfon no prendió los canónigos, porque cuando esto ocurrió no se hallaba en Córdoba. Que tampoco habia incurrido en excomunion por lo que su ilustrísima llamaba quebrantamiento y quema de las casas obispales y fraccion de la iglesia, porque esta no la habia habido, ni se podia probar, y si en el palacio hubo alguna quema, seria por culpa del señor obispo y de sus familia-

res, pues era notorio en la ciudad y sus comarcas que todo habia sucedido por autoridad de derecho y por justas y legítimas causas en defensa y amparo de la república. Que estando en Córdoba el dicho Don Alfon con la gobernación de ella, como al presente la tenia, en paz y sosiego, ciertos caballeros y escuderos, todos familiares, criados y paniaguados del señor obispo, y por su mandado, entraron, se apoderaron y encastillaron en las casas obispales y torres de la ciudad juntas á ellas, y se fortalecieron dentro, haciendo muchos edificios de tapias y cantería (lo que hoy llamamos *barricadas*) con empalizadas, y fortalecieron las dichas torres por dentro y fuera con muchos almadragues, colchones, tapias, puertas, mucha ropa y maderas, abasteciéndose asimismo de muchas viandas, pan, vino y pescado, de los propios bienes del Sr. obispo. Y asimismo se guardaron y abastecieron de muchas armas, lombardas, truenos, espingardas, culebrinas, serpientes y balistas fuertes y comunes, así de palo como de acero, y otros muchos tiros de pólvora, con ánimo malévoló é intencion depravada, para desde allí tirar y ofender con sugestión diabólica á los alcázares del rey, por tomarlos y ocuparlos, y por tirar contra los vecinos y moradores de Córdoba, turbándolos y damnificándolos, y el pacífico sosiego en que estaban, levantándolos contra el Don Alfon, para entregar la ciudad á sus adversarios. Que el plan de los parciales del obispo era traerle á la ciudad, entregársela, prender á Don Alfon y matarle, robando luego y destruyendo la población en daño de la república. Que era notorio que su ilustrísima llevaba gente de armas de á caballo y de á pié, aperebiéndose para llevar á cabo su propósito contra el juramento apostólico, homenaje y fidelidad que habia prestado. Que el consejo de la ciudad, viendo los escandalosos movimientos, y no queriendo usar de rigor, llana y pacíficamente habia hecho requerir á los familiares y gente del obispo, intimándoles se desarmasen y desencastillasen, dejando libres las torres y castillos, á lo que no quisieron ellos condescender, antes por el contrario, obedeciendo á las sugestiones del obispo, siguieron haciéndose fuertes, esperando su socorro, invocando en las torres á su ilustrísima y á la demás gente que en su ayuda venia, á cuyas señales dicho señor y los de su concierto respondieron, con lo cual, creciendo el endurecimiento y obstinación de sus familiares, empezaron á tirar contra la ciudad y contra los que estaban ocupando la fábrica y obra de la iglesia, donde mataron é hirieron muchos hombres. Que continuando en ello, y viendo la ciudad el peligro y daño, por mandamiento de ciertos jueces hizo prender á dichos familiares, y si en tal acto hubo algun daño ó toma de bienes, seria culpa de dicho señor, fuera de que ya la ciudad le habia satisfecho y su ilustrísima se habia dado por contento. Que no era cierto se hubiesen impuesto contribuciones ó tributos á dicho Sr. obispo, clérigos y religiosos de Córdoba y su tierra, y si algunas se habian decretado, no habia sido señaladamente contra dichos clérigos y religiosos, ni esto se habia hecho sin mandado del rey, ni para objeto ageno al bien comun, redundando por consiguiente en beneficio del mismo estado eclesiástico. Que dichas imposiciones habian tenido por objeto la defensa contra los moros, que otras veces habian hecho entrada con ayuda de los parciales del obispo. Que tampoco eran reos de excomunion por haber prendido á los familiares de su ilustrísima, puesto que eran personas legas. Que cuando Pedro de Cárdenas y Juan de Angulo habian hecho salir al Sr. obispo de la ciudad y de San Gerónimo, habian procedido por mandado del rey, por ser su ilustrísima escandaloso y parcial con el conde de Cabra y sus hijos, y porque procuraba con algunos grandes del reino, adversarios del rey, entrar en Córdoba por fuerza y con escándalo, en deservicio de su alteza, para alzarse con la ciudad y su tierra. »

La contestación no podia ser mas perentoria. D. Alonso y sus compañeros negaban rotundamente todos los hechos en que se fundaban la inculpación y el anatema. La réplica del prelado nos hará vislumbrar tal vez de qué lado estaba la justicia y quien decia la verdad; pero esto será otro día; el lector por hoy se contentará con saber que el escrito de apelación del bachiller Diego Rodriguez de Jaen fué presentado con la correspondiente *carta de poder*, el día 8 de julio de 1472, en la villa de Montemayor, por ante Juan Gonzalez y otros escribanos y notarios públicos, en las casas mismas donde tenia su habitación el obispo, y estando su ilustrísima presente.

(Se continuará.)

PEDRO DE MADRAZO.

Revista de Paris.

Hace años no ha habido en Paris una cuaresma mas brillante. Los bailes y las fiestas se suceden con una abundancia inaudita lo mismo en las regiones oficiales que en el mundo aristocrático y financiero. La alegría es general en Paris: los plenipotenciarios que han de componer el congreso de la paz van llegando sucesivamente, y todos esperan que una vez concluida la obra de pacificación que les está encomendada por sus respectivos soberanos. Paris les colmará de honores y les obsequiará con grandes fiestas. No hace mucho tiempo un artista muy distinguido fué llamado al palacio de Tullerías para hacer los retratos de los

(1) Caj. P., desde el núm. 258 en adelante.

ilustres miembros que componían el consejo de guerra que quiso reunir el Emperador para tratar de la campaña próxima, pero el buen giro que desde entonces tomaron los negocios introduce en la escena política nuevos personajes, y el mismo pintor ha sido encargado de reproducir las facciones de los diplomáticos que deben tomar parte en ese memorable congreso.

Con tan fausto motivo recibiremos seguramente la visita de un crecido número de extranjeros. Ya en apoyo de esta suposición se recuerda que cuando el congreso de Viena hubo una afluencia considerable en la capital del Austria, tanto que los precios de las casas subieron hasta un punto que llamó la intervención del gobierno. El emperador escandalizado de este abuso publicó un decreto anunciando que si los caseros no bajaban inmediatamente los alquileres al precio que tenían antes del congreso, usaría del beneficio otorgado por una antigua ley del imperio que dice « que todo el primer piso de todas las casas de Viena pertenece al emperador, el que puede disponer de él según le plazca y durante todo el tiempo que juzgue necesario. » Aquellos buenos caseros alemanes se apresuraron a cumplir los deseos del emperador y bajaron sus precios; ¿no se podría encontrar aquí otra ley por el estilo, ó en su defecto improvisarla? los extranjeros y sobre todo los vecinos de París no dejarían de verla con agrado.

Las esperanzas de paz han infundido la fiebre de la especulación en todas las cabezas parisienses. Este gran suceso ha provocado una inmensa fluctuación de capitales, y todo el mundo, grandes y pequeños, ricos y pobres acuden en tropel á esa California que se llama el palacio de la Bolsa, ya sumamente pequeño para contener dentro de sí la inmensa cantidad de fieles entregados hoy al culto del becerro de oro. Cuando da la tina de la tarde una masa compacta de paletós se precipita sobre las gradas del templo, pega contra sus muros de piedra como una marea y se derrama por su vasto ámbito; á los diez minutos todo está lleno, el salón, los corredores y el peristilo: Hércules con su maza no podría sin duda abrirse paso entre esa muchedumbre para llegar al círculo donde los agentes de cambio pregonan todos á la vez á gritos ininteligibles para el profano las variaciones de la renta y de los mil y un valores industriales que allí se venden y se compran.

Allí todo está permitido, los gritos, los empujones, las injurias y hasta las bofetadas: en otra cualquier parte habría lugar á la ofensa entre esos hombres, pero allí una explicación produciría la pérdida de un minuto, y en el campo de batalla de la Bolsa como en los campos de batalla de la guerra, los hombres no son nada y los minutos todo. No hay una clase en la sociedad que no se halle representada en ese salón donde cada día durante dos horas la rueda de la fortuna trabaja incesantemente lanzando á este talegas llenas de oro, al otro la ruina y la deshonra: allí todo está confundido, el frac negro se roza con la humilde chaqueta. Los poetas tienen su rincón lo mismo que los banqueros; pero los honores son para estos últimos; todas las cabezas se descubren á la vista de esos reyes de la época.

— ¿Cuánto tiene aquel? pregunta un jugador novicio á su introductor en el palacio de la fortuna.

— Cuatro millones.

— ¿Y el otro?

— Diez millones.

— ¿Y el otro?

— Treinta millones, y el de mas allá ochenta millones, y el que le sigue cien millones.

¿Qué impresión debe producir en el neófito el aspecto de todos esos millones que se pasean en carne y hueso con las manos en los bolsillos como simples mortales! Los descubridores de las minas de la California no debieron experimentar mayor delirio. Nadie en esos instantes piensa que la medalla tenga un reverso, y no obstante si abundan los ejemplos de los favorecidos por la suerte, el número de las víctimas tampoco escasea.

Días pasados dos jóvenes especuladores se encontraban en la calle el uno muy triste y el otro muy alegre.

— Yo estaba á la baja cuando llegó la noticia de la paz, dijo el primero, y he perdido cuanto tenía.

— ¡Pobre amigo mio! repuso el otro, y yo he realizado en esa ocasión tales ganancias que hoy me puedo llamar un hombre rico.

— Me alegro.

— Sí, pero la felicidad nunca es completa en este mundo.

— ¿Qué te falta pues?

— Nada; por el contrario me sobra un compromiso no financiero sino matrimonial. En el momento en que esa feliz noticia vino á darme la fortuna, había sufrido tantos descalabros, estaba en tales apuros de recursos, que me había resignado á casarme, y no por amor, amigo mio. Esto me tiene desesperado, pues no hallo un medio para faltar á la palabra dada.

— Sin embargo, no hay nada mas sencillo; pon un sustituto. Yo me hallo justamente en la posición en que estás tú cuando aceptaste el yugo matrimonial; preséntame, pues, y me caso en tu lugar.

— Pero ¿te convendrá el partido?

— Seguramente si á ti te convenia. Será alguna vieja: ¿cincuenta años, eh? ¿cincuenta y cinco? Habla, sabes que soy hombre de ánimo.

— No se trata de una vieja; la persona en cuestión es joven, no tiene mas que veintidos años.

— ¿Y de dote?

— Cuarenta mil pesos; lo que no impedia que fuera muy difícil hallarla un marido.

— Explicame el enigma.

— Se habla de una aventura, de una escapatoria sentimental, una calumnia.

— Seguramente.

— Mis noticias sobre este punto son positivas.

— Las adopto; en mi alma se embotan los tiros de la maledicencia; ese rumor calumnioso prueba únicamente que la joven es capaz de inspirar una gran pasión y de experimentar, esto es, que tiene un corazón sensible y que es bonita.

— Espera, espera, no te inflames aun; hay aquí otro inconveniente, todo debe decirse; sus padres se olvidaron de vacunarla.

— Tanto mejor; hay quien sostiene que todos los males de nuestro tiempo provienen de la vacuna, y que las personas que se libertan de esa operación preventiva tienen el privilegio exclusivo de una salud inalterable y de un talento vastísimo.

— Los que tal dicen, han olvidado quizá otra ventaja, amigo mio, y es que las jóvenes no vacunadas tienen mas probabilidades que las otras para vacunarse un día á la calumnia por una de esas súbitas revoluciones que dejan el rostro imposibilitado para inspirar una pasión y que hacen impracticable para ellas toda escapatoria amorosa.

— Entiendo, entiendo, la desgracia ha sucedido; la señorita está desfigurada....

— Horrible.

— De ese modo la calumnia la respetará en lo sucesivo y su marido podrá gozar de una vida tranquila. Pero, amigo mio, esa mujer es un tesoro y á ojos cerrados me caso con ella.

— Es la mejor manera.

— Asunto concluido; ¿cuándo me presentas en su casa?

— Ahora mismo, si quieres.

Ignoramos el fin de esta aventura que ha circulado con todos sus detalles entre los bolsistas; pero ya un cronista de París se ha apresurado á divulgarla por medio de su periódico, y es probable que los proyectos tan poco delicados del sustituto matrimonial, descubiertos por ese medio, sean rechazados con el desprecio que merecen.

Un artista francés ha expuesto en su estudio esta semana á la admiración pública nada ménos que una obra maestra de Murillo. Los pintores, los aficionados y los conocedores en pintura acuden á contemplar este lienzo que la *Revista de Bellas-Artes* designa con el nombre de: *Las Lágrimas de San Pedro*.

Parece probado que esta obra maravillosa pertenece al primer estilo de Murillo, tan fogoso y brillante; se conoce que el artista llegó allí á la verdadera grandeza de su talento; dueño de su pensamiento y seguro de su pincel resuelve atrevidamente las dificultades mas altas de su arte. En las « Lágrimas de San Pedro » Murillo no demuestra la gracia que dió á muchas de sus figuras en otros cuadros; aquí todo es viril, atrevido, poderoso en la inspiración y en el trabajo.

Hablando de este cuadro ha dicho un crítico en una revista especial:

« ¡Qué habilidad de pincel, qué maestría de ejecución, qué fuerza y pureza de dibujo en esta obra que ha llegado hasta nuestros días virgen de toda restauración, intacta y entera, fresca y viva como el día en que acabó de pintarla Murillo! El aire circula naturalmente en derredor del santo, se desliza sobre su cabellera cana, por entre los pliegues de su manto azul, por entre sus manos cruzadas; suaviza los contornos del rostro, del cuello y de los brazos y proyecta sombras y reflejos caprichosos en los paños. A medida que se contempla el personaje único del cuadro, parece que se destaca y que se anima, y la escena, á pesar de su sencillez, se ensancha y toma las proporciones y el aspecto de una escena que pasara en realidad detrás de un espejo mágico. Parece que un soplo del viento levanta los cabellos, mueve las hojas del libro caído á los pies del santo y agita ligeramente las ramas de los árboles trazados en último término. Es asombroso ver como, sin oposición de colores, sobre un fondo pardo, sin juegos de luz, sin artificios de ninguna clase, todo toma un relieve, se armoniza é imita la verdad tal como la vemos todos los días, pero la verdad idealizada por la fuerza creadora del genio. »

No es posible describir mejor el efecto que produce esta obra capital, ante la cual el artista y el hombre de gusto se inclinan respetuosamente.

Un tribunal de paz de París entiende en este momento en un negocio burlesco. — Un tendero se dispone á ocupar próximamente el piso bajo de una casa nueva en uno de los barrios mas retirados de la capital, y hace pocos días, la mujer del comerciante en cuestión, durante una corta ausencia del marido, fué á encargarse á un pintor famoso en su especialidad la muestra de su nueva tienda, la que debía representar un *San Antonio* adornado con todos los atributos que figuran siempre en el cuadro del santo. La obra quedó ajustada en cuarenta pesos.

Pero sucedió que el marido á su vuelta no aprobó completamente lo que había hecho la esposa, y sobre todo juzgó que el precio de la muestra era excesivo. Bajo este supuesto se dirigió á casa del artista á quien encontró á punto de terminar su tarea, y le declaró que le rebajaría diez pesos. El pintor sostuvo que el precio de la muestra era lo justo, si se consideraba que había en ella dos figuras la del santo y la de su compañero; pero el comerciante repuso á esto que prescindiría del personaje accesorio y que en su consecuencia podía dispensarse de ponerle.

En vano el pintor declaró á su vez que un *San Antonio solo* era imposible, contrario á todos los usos, á todas las nociones históricas, que una omisión tan imperdonable acabaría con su reputación, y que por último la cabeza del compañero del santo estaba bosquejada ya; pues el comerciante no atendió á razones, y su adversario ha tenido que citarle ante el juez de paz para que tome la obra al precio convenido: el magistrado no ha pronunciado su fallo todavía, pero el artista no duda del buen éxito de su demanda, pues la mujer tiene un poder en toda regla que la autoriza á dirigir todos los negocios de la casa en la ausencia de su marido.

Ya que hemos hecho esta excursión en el terreno judicial, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de un hecho que denuncia el periódico de los tribunales como un rasgo de audacia increíble:

Un antiguo soldado llamado Lorenzo está empleado en casa de uno de los principales banqueros de París en calidad de mozo de pagos. Este hombre disfruta de toda la confianza de su amo desde hace largo tiempo. Nadie como él anda mas en guardia contra las astucias de los estafadores que tanto abundan en el suelo parisiense, y no obstante acaba de caer en sus lazos, pero es de advertir que en esta ocasión se las había con un maestro.

El miércoles último Lorenzo se dirigió hácia el Tesoro para hacer un pago, cuando un hombre le da una palmada por detrás, y le dice:

— Amigo mio, has dejado caer este billete de veinte pesos.

— No es mio, respondió Lorenzo mirando á su interlocutor, que como él tenía todas las apariencias de un mozo del comercio. Yo no traigo billetes de veinte pesos en mi cartera.

— A fé mia, exclamó el supuesto compañero, eres un buen hombre; esto no se ve todos los días y hemos de beber una botella y quedar amigos.

Lorenzo no quería aceptar, pero el hombre que le convidaba tenía un aire tan franco y abierto, que acabó por ceder á sus instancias.

En el momento de separarse este individuo dijo á Lorenzo:

— Ahora recuerdo que puedes hacerme un favor, compañero; no hace mucho que soy mozo de pagos, y me han encargado en la casa que compre un par de tijeras fuertes para cortar la plata y el oro.

— Sé lo que quieres decir, contestó Lorenzo, de esas tenemos nosotros para cortar las monedas falsas, se encuentran fácilmente.

Y marcharon juntos hácia la tienda de un quincallero, donde en efecto les sacaron una porción de pares de tijeras; el comprador tomó unas que Lorenzo había escogido, y para pagarlas entregó al mercader el susodicho billete.

Mientras le daban el cambio se divertía en cortar pedacitos de latón; pero de repente se lanzó hácia la calle exclamando:

— ¡Ah! tengo que hablar con ese, al instante vuelvo.

Ciertamente se podía suponer que volvería, pues no había tomado la vuelta de su billete; pero Lorenzo despues de haberle esperado en vano algunos instantes, tomó el partido de marcharse á su negocio. ¡Terrible fué su conmoción cuando al llegar á la oficina donde debía verificar su pago y queriendo sacar su cartera del bolsillo no encontró mas que la punta de una cadenilla en el ojal de su casaca! Se quedó petrificado y comprendió que había sido víctima de un astuto ladrón que le hizo comprar las tijeras para cumplir su robo mas fácilmente. Por fin Lorenzo volvió en sí y recorrió con presteza las calles próximas para ver si descubría á su hombre, pero este había tenido tiempo para escapar muy lejos. La cartera de que se había apoderado contenía en billetes la suma de dos mil pesos, y en posesión de tal cantidad se concibe muy bien que no tomara la vuelta del billete que había dado al quincallero.

MARIANO URRABIETA.

La escuela de aplicación del cuerpo de estado mayor.

Las guerras de la revolución y del imperio al señalar á uno de los mejores oficiales generales de Napoleon, el mariscal Gouvion Saint-Cyr, un hueco importante en la organización del ejército francés, le dieron la feliz idea de llenarle si un día se hallaba á la cabeza de los negocios públicos. El mariscal, hombre de una instrucción profunda, advirtió cuán poca inteligencia presidía á menudo á la elección de los oficiales encargados del servicio del estado-mayor. Estos oficiales se sacaban de todos los cuerpos de tropas; ellos solicitaban entrar, unos porque sus heridas les impedían continuar en sus regimientos, otros porque se prometían ascender con mas rapidez, y otros en fin, porque en su calidad de hijos ó sobrinos de los generales en favor, veían en ese cambio un medio para recorrer en poco tiempo toda la carrera; pero jamás se tenían en cuenta las condiciones de aptitud y de instrucción que son indispensables para ese servicio. Los que poseían las cualidades necesarias eran admitidos en los cuadros de estado-mayor, no á causa de este motivo sino por otro muy distinto. No por esto queremos decir que los estados mayores en tiempo de la República y del Imperio no se compusieran sino de oficiales de favor incapaces de llenar las funciones que les estaban encomendadas; pero sí resultaban muchos inconvenientes de ese modo de reclutar una clase determinada de militares que ni siquiera estaban constituidos en corporación. Así, verbigracia, no estaban acostumbrados por lo comun al género de servicio que de ellos se exigía; carecían en su mayor parte de la primera instrucción, y por consiguiente de la especial no tenían la menor idea. Favorecidos naturalmente por los generales á cuyo lado se hallaban empleados, pasaban por los privilegiados del ejército.

El mariscal Gouvion Saint-Cyr resolvió poner coto á estos inconvenientes y dotar al ejército francés de una oficialidad instruida y capaz de hacer los mayores servicios tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Con este fin creó el cuerpo especial de estado-mayor y para reclutarle fundó la escuela de aplicación en París.



Discípulos de la Escuela de estado-mayor.—Uniforme diario

Este nuevo cuerpo, según el parecer del mariscal, se hallaba destinado á suministrar en adelante á los ejércitos generales inteligentes, pero para esto era preciso sustraerle á las influencias del favoritismo, lo que con-

siguió haciendo adoptar por única base de reclutamiento el mérito y la instrucción probados por medio de exámenes de admisión muy rigurosos.

El 6 de mayo de 1818 se publicó el decreto constituyendo el cuerpo de estado-mayor y su escuela.

Las disposiciones más importantes de este decreto son que únicamente los oficiales del cuerpo especial de estado-mayor podrían en lo sucesivo llenar las funciones de sus grados en los estados-mayores ó cerca de los generales como ayudantes; que para entrar en este cuerpo se necesitaba haber seguido los cursos de la escuela militar, y durante dos años por lo menos los de la escuela de aplicación; haber pasado los exámenes de salida de la escuela militar, los del paso de la segunda á la primera división y de salida de la escuela de aplicación, y haber servido durante dos años con el título de *ayudante-mayor* por lo menos en las dos armas de infantería y caballería. Diferentes decretos modificaron después las disposiciones de la organización primitiva del cuerpo de estado-mayor. Solo nos haremos cargo de estas innovaciones cuando se refieran al asunto que queremos tratar la escuela de aplicación.

La escuela de aplicación de estado-mayor creada por el decreto de 6 de mayo de 1818 se halla establecida en París casi á la extremidad de la calle de Grenelle-Saint-Germain, entre el ministerio de la Guerra y el hotel de los Inválidos, en las construcciones del antiguo palacio de Sens. Esta escuela se halla mandada por un oficial general. El personal del mando se compone de un coronel ó teniente-coronel comandante en segundo y director de estudios, un comandante de escuadrón encargado de la equitación y que tiene bajo sus órdenes un oficial de caballería y dos ó tres capitanes encargados de los detalles del servicio interior, todos del cuerpo de estado-mayor. El personal del cuerpo de instrucción se compone de unos quince profesores ó adjuntos elegidos, previo un severo examen, entre los oficiales de las armas especiales del ejército que se presentan al concurso de las plazas vacantes. Por último, cincuenta alferoces repartidos en dos divisiones forman el personal de los discípulos de la escuela.

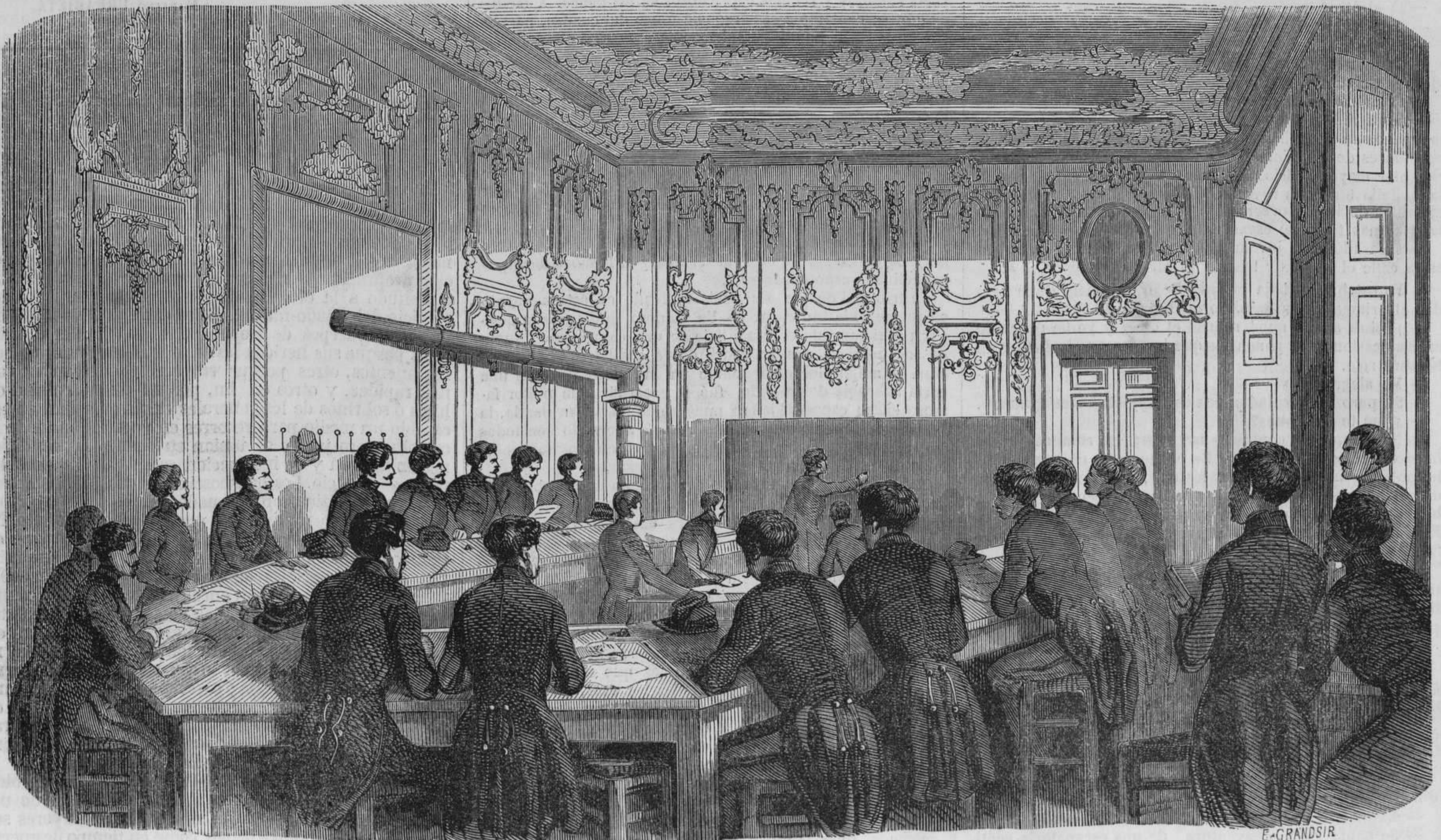
Durante largo tiempo solo entraban en esta escuela tres discípulos de la Escuela politécnica y los veintidos primeros que salían de la Escuela de Saint-Cyr; pero en febrero de 1833 otro real decreto modificó la organización del cuerpo y dió una nueva base al reclutamiento de la escuela. Las veintidos plazas acordadas anualmente á los veintidos primeros discípulos de la Escuela militar se sacaron á concurso, y los treinta primeros discípulos de la escuela especial fueron llamados con un número igual de subtenientes de infantería y de alferoces de menos de veinte años de edad, á pasar exámenes ante una comisión creada *ad hoc* para la entrada en la escuela de aplicación.

Este modo de reclutamiento se ha seguido hasta el día; únicamente, como los jóvenes oficiales de la escuela especial militar notaron en los últimos años que este cuerpo de estado-mayor, tratado durante tanto tiempo de



Discípulos de la Escuela de estado-mayor.—Uniforme de gala.

privilegiado, no daba otro privilegio que el de obligar á los hombres más distinguidos del ejército á permanecer en los grados subalternos una tercera parte de tiempo más que sus compañeros de promoción, resultó de aquí



Salon de los cursos.

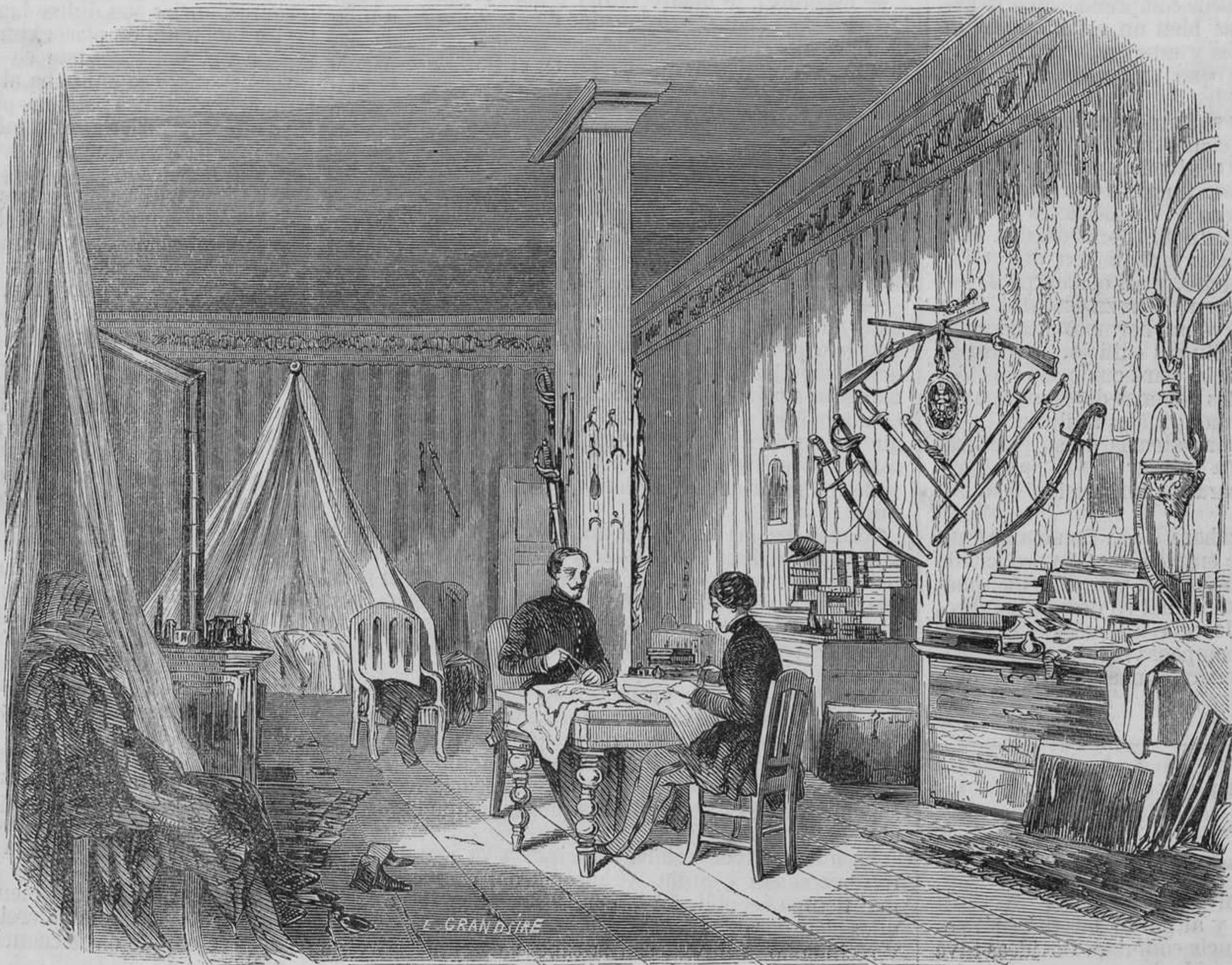
E-GRANDSIR

cierta frialdad para la entrada en los cuadros de estado-mayor. El número de solicitantes llegó á ser tan escaso, que hubo que extender la medida del concurso no ya únicamente á los treinta primeros discípulos de Saint-Cyr, sino á todas las promociones. Esta medida ha comenzado á producir buenos resultados.

Pero vengamos á la escuela de aplicación.

Los discípulos entran en la escuela el 1º de enero de cada año y salen por lo común á fines de noviembre, después de haber terminado sus exámenes. Están acuartelados y ocupan de dos en dos cuartitos cómodos, espaciosos, amueblados sin lujo, pero con todo lo que pueden exigir jóvenes oficiales de 20 á 25 años. Una cama con colgaduras blancas y encarnadas, un sillón, dos sillas, una mesa y todos los accesorios de tocador componen el ajuar del discípulo. Cada cual, no obstante, puede adornar á su gusto el cuarto que debe habitar durante dos años. Los unos ponen un trofeo de armas, los otros un trofeo de pipas; en un cuarto se ven las paredes cubiertas de mapas, en otro están sobrecargadas de litografías, caricaturas y dibujos de todas clases. Hasta se ven colecciones de insectos en sus cuadros correspondientes, pero justo es decir que los adornos admitidos generalmente son los sables, las espadas, las pistolas y las pipas.

No hay escuela militar en Francia que haya hecho ménos ruido que esta desde su fundación. Saint-Cyr se ha sublevado muchas veces y ha sido preciso recurrir á la fuerza mayor para contener á los revoltosos. Saumur fué célebre en otro tiempo por las deudas que contraían sus jóvenes oficiales, y de Metz se podría decir otro tanto.



Escuela de estado-mayor. — Un cuarto de discípulos.

La Escuela politécnica olvida todavía de tiempo en tiempo las lecciones de la ciencia para alborotarse, y únicamente la Escuela de estado-mayor permanece siempre en calma. Se encuentra á sus discípulos á caballo para unirse con sus hermanos de armas, pero jamás se les ve comprometiendo su porvenir sobre una carta ó sufriendo el castigo de perder su grado. Del 1º de enero al 1º de junio la vida es uniforme. En la mañana cada división acude á uno de los cursos siguientes: — Geometría descriptiva, astronomía, geografía, geodesia, fortificación, artillería, arte, y administración militar, y por la tarde tienen un curso de equitación,

terreno valen mas que dos meses de estudios teóricos. El trazado de un reducto, el modo de arrojar un puente ó de practicar un reconocimiento militar á caballo en un terreno donde se supone la presencia del enemigo, son ejercicios que no se olvidan nunca. Si añadimos á estos trabajos importantes las visitas que hacen á todos los establecimientos militares de la capital, como hospitales, manutenciones, almacenes de forraje, cuarteles, depósitos de planos y relieves, etc., tendremos completo el programa de los excelentes estudios á que se entregan durante dos años los oficiales discípulos de la escuela de aplicación.

de lengua alemana ó de dibujo de paisaje. Se les da una hora para almorzar, y en este tiempo pueden salir de la escuela ó recibir en su cuarto; á las doce del día tienen media hora de descanso y á las cinco quedan libres. Los demás momentos del día son para las interrogaciones de los profesores y los trabajos gráficos en las salas de estudio. A las once de la noche deben estar de vuelta en la escuela, y como prueba de presencia, tienen que firmar en un registro que luego inspecciona el oficial de semana. Durante el carnaval les conceden cuatro permisos hasta media noche, y todos los meses tienen otros cuatro hasta la una y media de la madrugada.

En junio se concluyen los cursos y se pasa de la teoría á la práctica. Topografía, fortificación, arte militar, artillería, reciben su aplicación sobre el terreno. Mas de tres meses se consagran á estos ejercicios, que no son la parte ménos importante de la enseñanza.

Lo que se hace en realidad se graba fácil y profundamente en el espíritu. Quince días de topografía sobre el



El picadero.

Por esta corta noticia se puede comprender que la Escuela de estado-mayor es mas bien un establecimiento donde varios oficiales jóvenes y estudiosos van á completar su educacion militar que una escuela propiamente dicha.

Desde hace algunos años se han introducido en ella mejoras notables, entre las cuales una de las mas importantes es relativa á la equitacion. Hasta el año de 1842 los discípulos no tuvieron mas instruccion ecuestre que la que recibian en uno de los picaderos de Paris tres veces por semana durante dos horas del dia. Esto era insuficiente para oficiales que tienen que estar siempre á caballo en el ejército, y así el cuerpo de estado-mayor no brillaba por su destreza ecuestre. Para remediar el mal se construyó un hermoso picadero en la parte mas retirada del jardín del edificio, provisto de buenos caballos, con un oficial para cuidarlos; las lecciones son dobles, y ahora los jóvenes de estado-mayor salen de la escuela muy buenos ginetes militares.

La Escuela de estado-mayor, además de su picadero, posee una hermosa biblioteca militar donde cada discípulo puede tomar libros para su instruccion ó su recreo.

Como hemos dicho, á la cabeza de la Escuela hay un brigadier en actividad. Este empleo es muy solicitado por los oficiales generales franceses, y se concibe, pues es un puesto eminente para el cual se desean hombres de un carácter agradable, de una instruccion sólida y cuyos servicios merecen recompensa: así ha sido ocupado sucesivamente por los generales mas distinguidos.

D.

VALERIANO.

(Continuacion.)

— ¡Oh! esas cosas no se olvidan nunca.

— Es lo que me dije yo, y al punto busqué cuál podía ser la razon de su conducta conmigo. Dos ideas tuve al mismo tiempo: ó ha querido hacerme comprender que ya no habia nada de comun entre sus sentimientos de otros tiempos y sus pensamientos de hoy...

— ¡Cómo! ¿crees que ya no te ama en efecto?

Hay en el corazon de las mujeres una vanidad indestructible que no las permite suponer que el hombre á quien han inspirado una gran pasion pueda nunca cesar de amarlas. Agata respondió con mucha conviccion, como una persona bien segura de lo que dice:

— Que me ama todavía no admite duda: ese cambio de estado, esa vejez precoz, esa fuga reciente, todo lo prueba. ¿Porqué se ha hecho sacerdote? Porque creia que solo Dios podría llenar en su corazon el puesto que yo dejé vacío. ¿Porqué se alejó en el momento mismo de mi llegada? para evitar la emocion de mi presencia si me marchaba, ó para prepararse á ella si me quedaba aquí.

— Es evidente, respondió la marquesa, que era demasiado mujer y demasiado tia para contradecir á su sobrina en este punto.

— En fin, si quiere la paz se la dejaré, pero yo temo otra cosa; ahora que ha adquirido la fuerza de sostener mi presencia, quizás querrá hacerme retroceder delante de él.

— ¿Y cómo?

— Acaso se promete atemorizarme por medio del pasado, é imponerme sus voluntades por el miedo.

— ¿Y qué voluntades le supones? ¿Podria pensar aun?...

— ¡Oh! no, no se trata de eso: tiene demasiado orgullo para demostrarme el amor que le queda. Mas bien será alguna venganza; por ejemplo, podría tener el capricho de arrojarme de aquí.

— ¿Pero porqué?

— ¿No sabeis que hay hombres que se complacen hiriendo en sus afecciones y sobre todo en su amor propio á la mujer de que están quejosos? Yo estoy contenta aquí, en esta vida sencilla y apacible, en medio de estas buenas personas que me manifiestan tanta estimacion y amistad; pues bien, para él seria un triunfo turbar esta paz, destruir esta dicha, reemplazar con el odio y el desprecio los buenos sentimientos de que soy objeto.

— Ignoro si todo eso es bien justo, pero si diré, hija mia, que racionas perfectamente. Confieso que no te creia de esa fuerza sobre la anatomía del corazon humano, y en adelante no me aventuraré á darte consejos. Sin embargo, reflexionando bien, no pienso que tus temores se realicen. El abate no puede atacarte sin armar un escándalo, y en su posicion no se atreverá á ello.

— No le conoceis; es capaz de todas las audacias y de todas las violencias.

— Sin embargo, me has dicho que se mostraba muy sereno.

— Sí, la serenidad de la mar que á veces amenaza con horribles borrascas.

— Pero si tanto temes un escándalo, no hay cosa mas fácil que evitarle.

— ¿Y cómo?

— Saliendo de aquí ahora mismo.

— Eso seria confesarme vencida sin combatir; diria ó al menos pensaria que le he tenido miedo, y preferia exponerme á todo ántes de darle semejante alegría. Además, ya sabeis que no aborrezco la lucha.

— Pero en fin, ¿qué partido quieres tomar?

— Esperaré; le dejaré venir, y haré lo que él haga, la paz ó la guerra. Todo depende de él, y mañana mismo sabrémos á qué atenernos. No olvidéis, querida tia, que mañana tenemos que comer en el Dominio. Allí le encontraremos.

— No faltaré; el encuentro será demasiado curioso para que deje yo de estar presente. Con que, amada mia, buenas noches. Debes estar cansada despues de ese largo paseo y esas violentas emociones; te aconsejo que descanses bien esta noche para que mañana puedas contar con todos tus recursos.

La marquesa dió un beso á su sobrina y se retiró á su cuarto.

— Es evidente, se dijo para sí, que no se compromete en semejante lucha por el placer de satisfacer un simple capricho de amor propio; la conozo, se habria marchado diez veces si otro motivo no la hiciera permanecer aquí. Mis previsiones se han realizado; está enamoradilla. Y el tonto de su marido que no llega, que ni siquiera me responde. ¿Qué va á suceder, Dios mio, qué va á suceder con todo esto?

Pero á pesar de su inquietud, no tardó mucho en dormirse.

Al otro dia las campanas anunciaron con alegres repiques la celebracion del oficio divino. Los aldeanos de todo el contorno fueron á la iglesia vestidos con todas sus galas á pesar de una lluvia bastante fuerte. Estas buenas gentes de tanta economía en todas las cosas, no temen exponer á la intemperie su modesto lujo en las solemnidades religiosas.

La iglesia bastante grande para contener á todos los habitantes de la aldea, era pequeña para recibir á todos los de la parroquia, de suerte que los dias de gran fiesta habia grandes apreturas en el templo. Los que llegaban á última hora tenian que quedarse fuera asociándose con la intencion á las plegarias que no podian oír.

La misa mayor estaba principiada ya cuando llegaron la condesa y su tia. Al apearse del carruaje que el mal tiempo les obligó á tomar, vió con sorpresa como unos cien hombres arrodillados sobre la tierra húmeda y recibiendo la lluvia, con la cabeza descubierta, y no pudo ménos de experimentar cierta emocion al aspecto de esa piedad sólida cuyo recogimiento parecia olvidarse de los sufrimientos materiales; así volviéndose hácia su tia la dijo en voz baja:

— ¿Qué diferencia entre estos aldeanos que todo lo olvidan por su salvacion, y las gentes de mundo que no piensan mas que en sus placeres!

Y ambas señoras entraron en la iglesia. Para llegar al banco del alcalde donde tenian sus puestos, se vieron precisadas á recorrer toda la nave, lo que hicieron con mucho trabajo por causa de la gente. Oyeron una voz grave y fuerte que cantaba la Epístola. En breve la voz se calló, y se produjo cierto movimiento entre los fieles, que ellas aprovecharon para abrirse paso á través de las últimas filas de la muchedumbre.

Pero apenas llegaron á la parte libre de la nave cuando se encontraron con el abate Pascal; él era el que oficiaba. Segun el uso, acababa de dejar su casulla en el altar, y revestido únicamente de la sotanilla blanca y de la estola se dirigia al púlpito. Al verle así de repente cara á cara en toda la majestad del sacerdocio, la condesa se sintió sobrecogida de una especie de espanto misterioso y retrocedió palideciendo: el abate Pascal dirigió á las dos señoras una mirada serena y firme que volvió lentamente sobre las personas que las rodeaban, y luego prosiguió su camino.

— Tenias razon, dijo la marquesa á su sobrina, cuando llegaron á sus puestos; está muy cambiado, pero debo confesar que en otro tiempo era un arrogante mozo.

La condesa sin responder se puso á escuchar el sermón.

El sacerdote habia tomado por texto este versículo de la letanía de la Virgen *Ave Maria purísima*. Contó en términos sencillos toda la historia de la Santísima Madre del Salvador, teniendo cuidado, sin embargo, de hacer resaltar algunos rasgos como la Visitacion del arcángel Gabriel, el nacimiento de Dios, su divino Hijo, la gloriosa Asuncion, que sola entre todas las criaturas humanas la sustrajo al horror de la tumba. Recordó el culto rendido por todas partes á su memoria, la adoracion universal de que es objeto, y las gracias acordadas por el Señor á su intercesion omnipotente.

Llegado á este punto de su discurso se detuvo un instante como para recogerse.

— No habla mal, dijo la marquesa al oido de su sobrina, pero no tiene nada de extraordinario y seguramente no es un orador.

El sacerdote repuso en voz baja y que parecia conmovida:

« ¿Y sabeis, hermanos míos, sabeis porqué la Santísima Virgen ha merecido y obtenido esa felicidad eterna, esa gloria sin límites de que goza en el cielo y esos honores divinos que le rinden en la tierra? Por su pureza: ella se ha hecho la protectora de los hombres, la reina de los ángeles, la madre de Dios porque era purísima; ella fué elegida entre todas las mujeres y elevada sobre todas las mujeres porque poseia en un grado supremo la virtud suprema de las mujeres. No perdais nunca de vista ese ejemplo magnífico, y acordados de esta leccion que os es dada por Dios mismo. — Al ver cuán agradable es para Dios esta virtud, podeis juzgar cuán odioso le es el vicio contrario; por el modo con que recompensa esa virtud, podeis imaginar como castiga el otro. Hay personas, de esas que tienen siempre bonitas palabras para cubrir las cosas feas, que lla-

man dulce el pecado de pureza; está bien, ¿pero las consecuencias son dulces tambien? ¿Qué compensacion! ¿Un momento de placer, una eternidad de pena! »

La voz del sacerdote se habia ido elevando poco á poco y su ojo se animaba al mismo tiempo que su ademán. Sus últimas palabras pronunciadas con una accion vehemente hicieron estremecer á la asamblea. Al cabo de una pausa prosiguió con un aire mas dulce, pero no ménos penetrado:

« Hasta parece, hermanos míos, que Dios haya querido hacer con respecto á esta virtud y á este vicio, una excepcion notable. A menudo deja para la otra vida la recompensa de las buenas acciones y el castigo de las malas, á menudo en la profundidad de sus designios deja que los buenos sufran aquí y que triunfen los malvados. Muchas veces habréis visto que los mas honrados son los de ménos suerte; muchas veces con triste sorpresa habréis visto prosperar al malvado, al violento, al perjuro, al impío, y con sentimiento habréis llevado abundantes cosechas al granero del que negaba al mendigo un pedazo de pan. Pero no sucede lo mismo con esa grande virtud, con ese gran deber de la pureza: la recompensa acompaña siempre á su práctica, y el castigo á su olvido. ¿Qué mujer, os pregunto, puede sustraerse á esa ley? La mujer casta es el adorno de la casa, el tesoro de la familia, la alegría del padre, el orgullo del marido, la admiracion de los extraños. La confianza la acompaña y la siguen el amor y el respeto. Su nombre se cita en todas partes como ejemplo. La mujer licenciosa, por el contrario, es la vergüenza de todos los suyos, la vergüenza de su padre, de su marido, la vergüenza de sus hijos; todas las puertas se cierran delante de ella; todos los rostros se vuelven á su aspecto, y hasta sus cómplices la rechazan despues de la falta y la castigan de su propio delirio. »

La asamblea entera palpitaba bajo la impresion de estas palabras; las mujeres escuchaban con ansiedad como si el púlpito hubiera sido un tribunal y el sacerdote un juez.

— Muy bien, muy bien, dijo la marquesa; es mas orador de lo que habia creido, el abate Pascal.

— El odio le da elocuencia, respondió la condesa muy pálida.

— ¿El odio contra quién?

— Contra mí.

— Me figuré que me habias dicho que te amaba todavía.

— ¿Y no van siempre juntos el amor y el odio?

El sacerdote prosiguió diciendo:

« Por lo demás, preciso es reconocer que si el castigo es severo tambien es merecido. La mujer licenciosa es el azote, no solo de su casa, no solo de su familia, sino tambien del país que habita. Todas las malas pasiones se encienden á sus miradas, bajo su paso nacen todos los desórdenes. Ella fomenta las divisiones, los celos, las contiendas. Cuando entra por una puerta, la seguridad y la felicidad se van por la otra. Ella ahoga en los corazones todos los buenos sentimientos, fecundiza el gérmen de todos los malos y corrompe el amor mezclando en él un profundo desprecio. Es la peor y la mas peligrosa de todas las criaturas. Mas valdria que tuvierais entre vosotros un bandido que la mujer de que estoy hablando. Contra el bandido se arma la gente como contra un lobo, se puede perseguirle, atacarle, exterminarle. Pero ¿qué se puede hacer contra la mujer mala? Diestra y activa como una víbora, se esconde, se adelanta y retrocede en silencio, da vueltas en torno vuestro sin que podais verla ni oirla, y solo con su mordedura revela su presencia. Entónces se puede matarla, pero ya no es tiempo; su herida da la muerte. »

Los hijos de la Bretaña en su sencillez y su rudeza se hallan siempre dispuestos á llevar la religion hasta el fanatismo. En aquel momento un ademán del sacerdote habria sido una condenacion, no habria podido designar una culpable sin señalar una víctima.

La condesa y su tia lo conocieron así y no se atrevieron á dirigirse una palabra, tan solemne y terrible era el silencio que reinaba en torno de ellas. Pero el abate Pascal se contentó con pasarse la mano por la frente como para ahuyentar una idea siniestra, y prosiguió con calma su discurso:

« Si hablo, sobre todo, de las mujeres, hermanos míos, es porque ellas tienen á la vez mas razon para hacer el bien y mas fuerza para hacer el mal. La castidad es el mayor de sus deberes, como la mas hermosa de sus glorias, pues sus flaquezas son contagiosas y son irresistibles sus seducciones. Pero los hombres deben vigilar sobre sí mismos para defenderse de todas las tentaciones interiores ó exteriores. Cada cual tiene en este mundo su parte de responsabilidad. ¿Creéis, verbigracia, que no sea culpable el que lanzándose en el tumulto de las pasiones quebranta los lazos sagrados de la familia; el que corriendo en pos de un placer prohibido olvida todos los derechos de los afectos legítimos, el que amando, por ejemplo, á una extraña, no temeria labrar el infortunio de su madre, de su mujer ó de su prometida? Sí, hermanos míos, es culpable, tan culpable quizás como aquella cuyos lazos no haya sabido evitar, rechazando su fatal influencia. »

Al oír estas palabras severas, Valeriano se sobrecogió presa de un vago espanto, y se preguntó si no le eran aplicables; pero al punto se dijo que el cura llegado la vispera, no podía saber nada de lo que habia pasado en su ausencia, y por medio de uno de esos sofismas que siempre acuden á las conciencias turbadas, se persuadió de que no iba con él, puesto que ni estaba casado, ni habia dado su palabra á ninguna jóven, ni habia cau-

sado hasta entónces ningun sentimiento á su madre. Su temor desapareció completamente cuando oyó el fin de la plática :

« Ahora, repuso el cura, que os he mostrado los pe-
gros, que os he hecho conocer el horror de ese vióo,
permitid, hermanos míos, que vuestro pastor se felicite
y os felicite por no haberle hallado nunca en medio de
vosotros. Y me prometo y deseo que no aparecerá nunca.
Habeis tenido la dicha de vivir léjos de la corrup-
cion de las ciudades, y ningun soplo maléfico viene á
turbar la pureza del aire que aquí se respira. Vuestros
corazones participan de la calma de vuestros campos.
Aquí nada os oculta la vista del cielo. En el seno de la
naturaleza se está mas cerca de Dios y se vive bajo su
mirada. Tambien el trabajo que á veces deploraís como
una miseria, y que es un beneficio constante, el trabajo
os arranca al peligro de las tentaciones no dejándoos
tiempo para las malas ideas. Dad gracias, pues, á la
Providencia que os ha concedido el medio de practicar
fácilmente esa fácil virtud de la castidad. Perseverad en
vuestra paz y en vuestra inocencia, y si alguna vez
os sentís aterrorizados por un sentimiento culpable, pensad,
y resistiréis, en todas las recompensas que Dios prodiga
á los que marchan por el camino recto y en todos los
castigos con que hiere á los que se extravían voluntaria-
mente. De esa manera aseguraréis vuestra felicidad
en esta vida y en la otra. Así sea. »

El sacerdote bajó del púlpito y tomó el camino del
altar.

— Hija mia, dijo la marquesa, tenias razon; la guerra
está declarada.

— Ya veréis como la sostengo, respondió la con-
desa.

La misa se concluyó sin otro incidente.

Una hora despues el abate Pascal llegó al Dominio,
donde halló al comandante ocupado en los preparativos
de la fiesta, pues queria que las cosas se hicieran bien
un dia en que festejaba á la vez el regreso de su ami-
go y la memoria de su Emperador. Se apresuró, pues,
á dar sus últimas órdenes, y recomendó que sobre todo
se tuviera cuidado con el asado y con la crema frita.
Luego tomando del brazo al señor cura se le llevó al
jardin, y despues de asegurarse con los ojos de que
nadie podia oír, le dijo :

— Mi querido abate, ¿qué mosca os ha picado esta
mañana? Nunca os oí predicar de tal manera. Vos, or-
dinariamente tan tolerante, parecia que queriais con-
denar á todo el mundo. ¿Contra quién iba todo aque-
llo?

— Contra nadie en particular, amigo mio; he que-
rido dar á todo el mundo una advertencia saludable
y nada mas.

— La advertencia era fuertecilla; esto me recuerda
el dómine que me enseñó á leer; á la primera falta
que cometiamos nos daba una buena azotaina, previ-
niéndonos que á la segunda nos castigaria.

El sacerdote no pudo ménos de reirse de la compara-
cion que dejó sin respuesta.

— Yo, repuso M. Jacquin, habria jurado que aludiais
á persona determinada, y si no supiera que es pecado el
formar juicios temerarios, añadiría que vuestra arti-
lleria apuntaba á una bonita jóven que conozco y á
un guapo mozo que es amigo mio.

— Dejo el campo libre á vuestras interpretaciones.

— Preciso es; todos los franceses disfrutan de la li-
bertad de conciencia, pero esto no basta, y me parece
que me deberiais mostrar mas confianza.

— Ya sabeis, mi querido comandante, que un sacer-
dote debe guardar siempre el mas profundo secreto sobre
ciertos actos de su ministerio.

— Por eso no me dirijo al sacerdote, sino al amigo.
Es evidente que si se tratase de una cosa revelada en
el confesionario, ni siquiera os habriais permitido una
alusión; pero creo que tengo el derecho de preguntaros
en mi calidad de amigo, sobre lo que hayais podido sa-
ber por otra via acerca de las personas que me intere-
san. Vamos. ¿Hay algo de grave sobre esos jóvenes?

— Preciso es que vos sepais alguna cosa para haber-
les aplicado unas palabras tan generales como las mías.

— Si algo sé de veras es que no hay nada.

— Me alegro.

— No digo que no haya en juego algunos amoríos,
pero aunque hubiera diez veces mas diría que la cosa
importa poco; son jóvenes, se divierten, y hacen bien,
á fé mia.

— No soy del mismo parecer.

— ¡ Ah! como buen cura, los señores curas no quie-
ren permitir nada; en fin, haceis muy bien en esto,
pero debéis tener en cuenta que son jóvenes y tiempo
tendrán para arrepentirse; dejadles, eso pasará pronto.

— Quizás.

— No conoceis eso como yo; mil veces he estado en
el fuego y ya veis como recobré el juicio. No hay cosa
mas ligera que el amor.

— Segun; eso depende de los individuos y de las
circunstancias.

— Puede ser, pero en fin, ¿qué es lo que os alarma?

— Todo.

— Vaya, con que Valeriano...

— Está apasionado.

— Se os figura.

— Os puedo asegurar que está pèrdidamente enamo-
rado.

— ¿Y la condesa?

— Es una mujer muy peligrosa.

— ¿La conoceis?

— Digo que es peligrosa para él, porque es jóven,
bonita, de talento...

— ¿Y quién os lo ha dicho?

— Vos mismo; y por último, es poco escrupulosa.

— Pura suposicion.

— Lo juzgo en su calidad de mujer de mundo.

— Vamos, veo que no teneis mejor opinion que yo
de la aristocracia. Y aun cuando eso fuera verdad, ¿qué
es lo que puede suceder de malo? Lo que he dicho ya,
un ataque insignificante y pasajero á la moral.

— Pues es muchísimo; yo no doy de barato una cosa
tan sagrada á los ojos de todos; pero no parará en esto
la broma.

— ¿Qué mas hay?

— Hay que si no se corta el mal de raiz, si no se
pone un freno á esa pasion loca, Valeriano renunciando
á las sencillas ideas y á las santas afecciones de su
infancia, tomará horror á su vida presente, se lanzará
como un desesperado en un porvenir imposible, acaba-
rá con todos los proyectos de felicidad que descansan
sobre su cabeza, llenará de lágrimas y quizás de luto
esa casa donde ha encontrado tantas atenciones, tanto
amor, y de un solo golpe labrará la desgracia suya y
la de su familia. Eso es, amigo mio, lo que yo querria
evitar; hé ahí porqué pronuncié esta mañana algunas
palabras severas, prometiéndome que él y esa mujer
de quien acaso depende ya su suerte verian en ellas
una advertencia.

— Me sorprendéis; yo nunca consideré las cosas bajo
ese punto de vista, pero puede ser muy bien que ten-
gais razon.

Y dicho esto se pasearon un rato en silencio, el abate
triste y pensativo, el comandante muy preocupado.

— Decididamente, repuso este al cabo de algunos
minutos, habeis causado en mí una revolucion y ya
principio á espantarme de lo que traté hasta aquí como
una bagatela.

El abate no respondió.

— ¡ Diabolo, diabolo! exclamó M. Jacquin quitándose la
gorra y rascándose la cabeza, lo que era señal de que
estaba muy perplejo. Pero de repente se detuvo, y paró
al mismo tiempo á su compañero, y como este le mi-
rara con cierta sorpresa, exclamó :

— ¡ Viva el Emperador! la Francia se ha salvado!

— ¿Qué decís? preguntó el abate que seguia muy
serio.

— Tengo una idea.

— ¿Y cuál es?

— Ahí está el secreto; yo tambien, cuando quiero,
sé mostrar discrecion; hace un momento estabais re-
servado, permitid que á mi vez lo esté yo. Básteos sa-
ber que he encontrado un medio para arreglarlo todo
divinamente y dentro de poco tiempo.

— Ya sabeis, mi querido comandante, que no soy
curioso, mas no obstante os confieso que desearia cono-
cer vuestro plan; no dudo de vuestra buena voluntad,
de vuestra prudencia, pero...

— Pero teméis que haga alguna tontería, ¿no es
verdad? Tranquilizaos, el golpe será seguro. Cuando
veais los resultados seréis el primero en reconocer que
yo habria hecho tan buen diplomático como militar.
Todo lo que os pido es que no hagais ninguna demos-
tracion, pues podrian sospechar alguna cosa. Además,
se acabaria la alegría de mi fiesta; aparentemos que
nada hemos dicho.

M. Jacquin al acabar de pronunciar su extraño dis-
curso, siguió andando frotándose las manos con aire sa-
tisfecho. En vano quiso el cura penetrar sus intenciones;
el viejo militar, despues de haberse encerrado en un
silencio obstinado, para sustraerse á la vez á las pre-
guntas de un amigo y á su deseo de hablar, tomó el
partido de irse á la cocina, y excusándose con sus de-
beres de dueño de casa, dejó al cura que se paseara solo
por el huerto. Este se resignó á esperar el hecho.

Los convidados llegaron á la hora prefijada y todos
se sentaron á la mesa. M. Jacquin colocó á la marquesa
á su derecha, á madama Hubert á su izquierda, al abate
Pascal entre Eugenia y su madre y á Valeriano entre
la condesa y su tia. La comida fué larga, espléndida y
muy alegre: el comandante rebosaba de júbilo.

— Solo el abate y la abadesa (así llamaba á Eugenia
el comandante) están con una seriedad que mete mie-
do; pero su estado así lo exige, de modo que no hay
que decir nada. De los demás estoy muy contento; úni-
camente no se bebe mucho. Valeriano, echa otra copita
de vino de Champaña á tu vecina, á tus vecinas, quiero
decir, es el vino de las damas.

Valeriano obedeció prontamente; pero la condesa
continuando las bromas de que le habia hecho víctima
en toda la comida, apartó su vaso en el momento en
que inclinaba la botella, le hizo derramar el vino en
el mantel, y luego le llamó torpe sin que él tratase de
disculparse, contento como lo estaba al verse atormentado
de aquella manera. Todo parece encantador de la
mujer á quien se ama, excepto la indiferencia.

El abate seguia con ojos muy serios todas aquellas
coqueterias, sin que la condesa que notaba perfecta-
mente la sostenida atencion de que era objeto se dig-
nase hacer nada para disimularlas; parecia que experi-
mentaba cierto placer no solo en desafiar sino en exci-
tar el descontento del que consideraba como su ene-
migo.

El comandante lanzó al cura una mirada que queria
decir :

— Teniais razon, pero un poco de paciencia y ve-
réis.

Luego pidió los postres, y cuando los criados cubrie-
ron con ellos la mesa, exclamó :

— Amigos míos, os pido permiso para echar un brin-
dis, pero no os invito á responder á él porque no quiero

forzar la memoria de nadie : ¡ A la memoria del Em-
perador!

El comandante pronunció estas palabras con una
emocion difícilmente contenida, y permaneció algunos
segundos sin atreverse á llevar la copa á sus labios;
pero luego de repente la bebió de una vez y prosiguió
diciendo :

— Ahora os propongo otro al que todo el mundo se
asociara con el corazon y los labios, hasta la nueva aba-
desa. ¡ A la vuelta y á la salud de nuestro señor cura!

Todos alzaron á la vez sus copas en señal de asenti-
miento.

— ¡ Se está brindando! exclamó M. Jacquin.

Cada cual tocó con su vaso al del señor cura, excepto
la marquesa que como estaba demasiado léjos, se con-
tentó con hacerle un saludo, al que respondió friamen-
te. La condesa le presentó su vaso como los demás, pero
fuer: casualidad ó decidido empeño, el cura no acercó
el suyo. Agata no se dió por vencida y continuando en
la misma posicion, le dijo con una sonrisa encantadora :

— Me habeis olvidado, señor abate.

El abate se puso lívido, y sus ojos lanzaron rayos; pero
al punto se sosegó, y sin decir una palabra, tocó con su
vaso al de la condesa. Esta le hizo una pequeña inclina-
cion graciosamente irónica, y en seguida clavó en la
marquesa una mirada victoriosa.

— Me lisonjeo de que esta comida en reunion ha sido
agradable, dijo M. Jacquin recalcando cada una de sus
palabras; ahora os toca á vos, mi querida vecina; ¿para
cuando la comida de boda?

— ¿Qué boda? preguntó madama Hubert con asom-
bro.

— ¿Qué boda ha de ser? la de nuestros jóvenes, res-
pondió señalando á Valeriano y á Eugenia. ¿Cuándo
los casamos?

— Pero nunca se ha tratado de eso, dijo madama Hu-
bert, un poco seria.

— Con ellos no digo que no, pero entre nosotros es
diferente. Hasta se me figura que es tiempo de advertir-
les, para que tengan algunos meses en que se vayan
acostumbrando á esta idea. Si no me equivoco, se ha-
bia dicho que cuando tuvieran veinte años y...

— Os suplico, mi querido M. Jacquin, que no hable-
mos mas de eso; me causais mucha pena.

— Sin embargo...

— Basta, amigo mio.

Todos los concurrentes estaban en una ansia cruel.
Madama Hubert y Eugenia tenian los ojos bajos para di-
simular su turbacion, y el abate miraba al comandante
con ojos serenos como diciéndole : — ¿Qué habeis he-
cho? Valeriano pálido y encarnado alternativamente,
clavaba sus miradas en el techo sin atreverse á fijarlas
en nadie. La condesa jugaba con su cuchillo haciendo
un esfuerzo por sonreirse, y hasta la marquesa parecia
un poco ecrtada.

En cuanto al comandante léjos de sentir su extraña
interpelacion, se felicitaba interiormente de lo que con-
sideraba como un golpe maestro.

— Bien calculé mi tiro, se dijo para sí, la bomba ha
producido efecto.

Pasados algunos instantes de un silencio penoso para
todo el mundo excepto para M. Jacquin, madama Hu-
bert se levantó de la mesa; Eugenia y el abate imita-
ron su ejemplo, y los tres se fueron juntos al jardin.
Valeriano no se atrevia ni á quedarse por no ofender á
su madre, ni á salir temiendo desagradar á la condesa.
Se levantó, pues, lentamente, dobló su servilleta con
cuidado como si debiera servirle al otro dia, miró re-
petidas veces á la condesa para pedirle un consejo mudo,
y viendo que no parecia fijar la atencion en él, concluyó
por dirigirse hácia la puerta.

En el momento en que ponía el pié en el umbral, se
detuvo oyendo que M. Jacquin tomaba la palabra nue-
vamente.

— Es increíble que madama Hubert se haya puesto de
tan mal humor como si hubiera sido una torpeza ha-
blar en presencia de estos jóvenes de un matrimonio
que está convenido hace muchos años y al que nada
puede oponerse. ¿Qué pensais de ello?

— Por mi parte no encuentro motivo para incomodarse,
repuso la condesa con un acento ligeramente irónico;
Valeriano y Eugenia forman una pareja encantadora y
será un bonito casamiento; el anuncio de su felicidad
nunca podia llegar demasiado pronto.

Valeriano al oír estas palabras tuvo que apoyarse
en el marco de la puerta para no caer, tan violento
habia sido el dolor que le causó esta noticia inesperada.

— Muy bien, dijo para sí, el comandante, toma su re-
solucion valerosamente; he logrado mi fin mas pronto
de lo que esperaba.

Y luego añadió en voz alta :

— Señoras, si gustais, os llevaré al jardin con los de-
más; no quiero que piense madama Hubert que me he
quedado aquí bebiendo y haciendo comentarios.

Y ofreció su brazo á las señoras y salió con ellas. Agata
obligada á pasar cerea de Valeriano le tocó un poco con
el codo; el jóven se volvió con presteza.

— Disimuladme, caballero, le dijo friamente, y siguió
su camino. Esta expresion ceremoniosa hirió al pobre
jóven en lo mas recóndito de su corazon.

— Estoy perdido, exclamó Valeriano con desespera-
cion, ya no me ama.

Y metiéndose en una arboleda sombría echó á llorar.

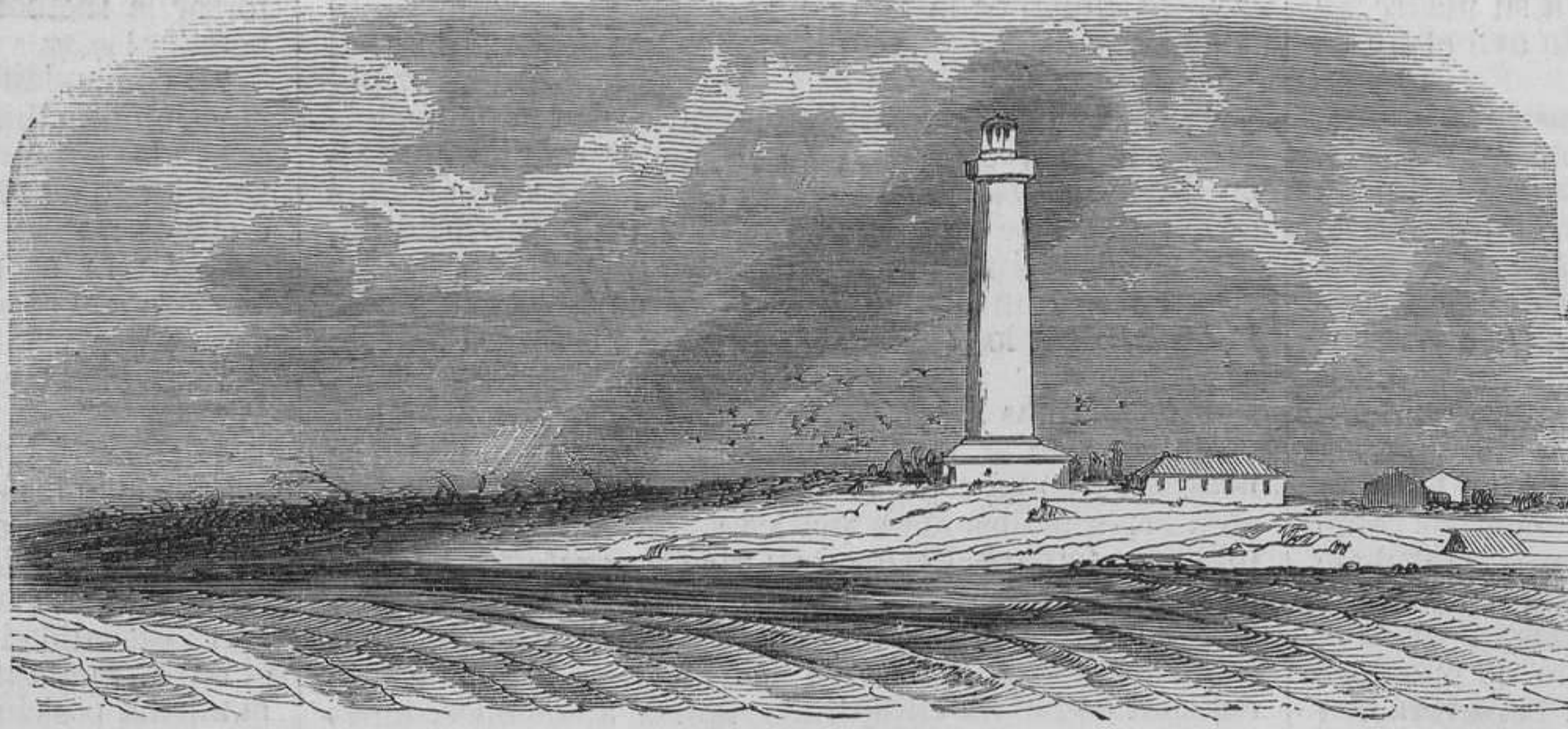
Los otros convidados dieron algunas vueltas por el
jardin, hablando de cosas insignificantes, pues cada
cual evitaba decir lo que pudiera tener relacion con su
verdadero pensamiento.

(Se continuará.)

Kinburn.

M. Durand-Brager da cuenta en estos términos de la expedición que anunció en sus correspondencias anteriores:

Salimos de Kamiesh á bordo del *Phlégeton* y una avería que sufrió la máquina nos detuvo dos días; al tercero al fin proseguimos la marcha y llegamos en quince horas á Kinburn con un frío de 27 grados bajo cero. Bajo esta agradable temperatura el Liman está helado y las comunicaciones con los buques en estacion se efectúan á pié sobre el hielo que en ciertos sitios tiene mas de un metro de grueso. Un primer deshielo habia tenido lugar la



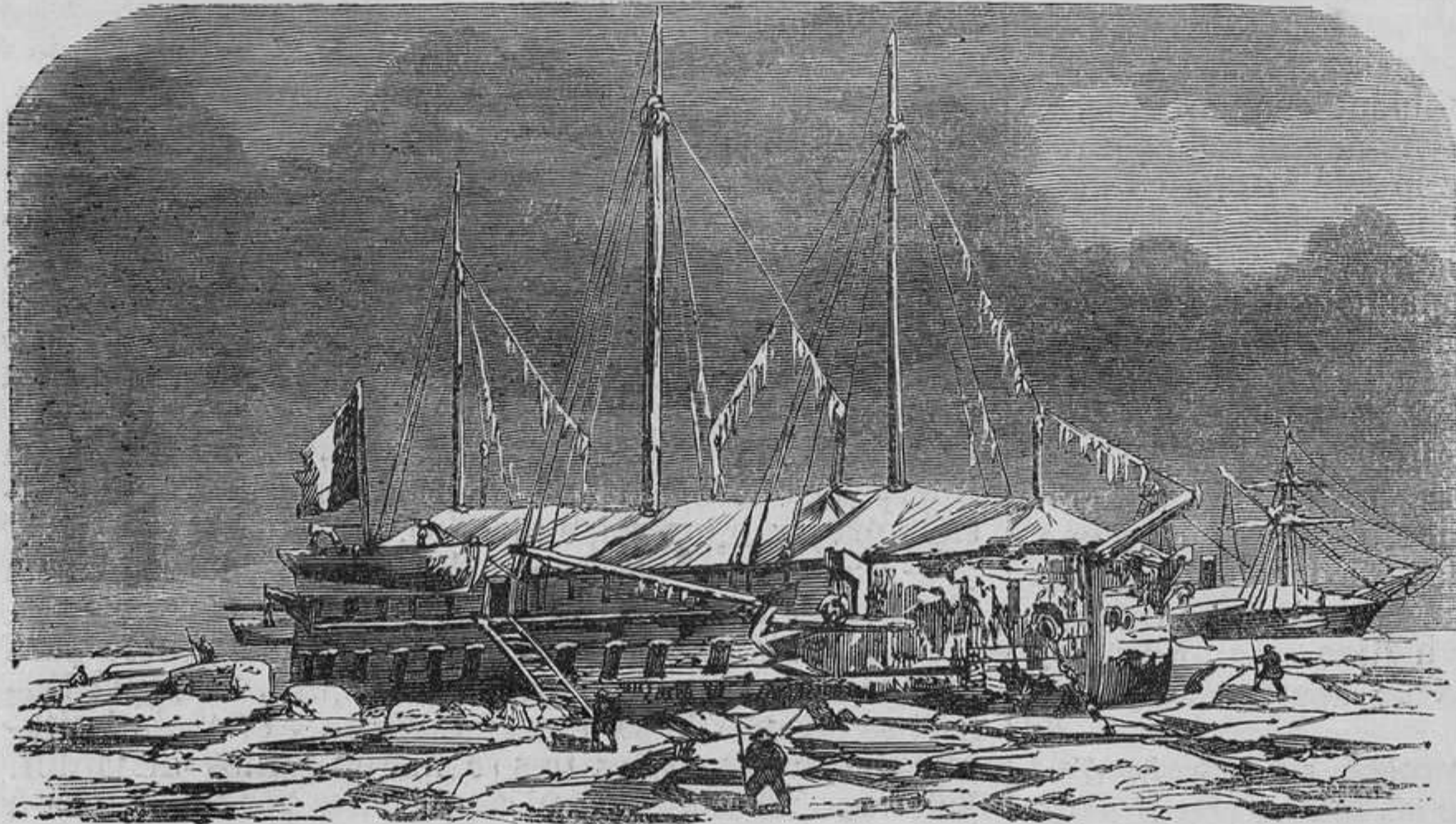
La isla y el faro de Tendra, cerca del Liman del Dnieper.

antevíspera de nuestra llegada y casi todos los buques se habian encontrado, á pesar de sus anclas, arrastrados bajo el viento de sus respectivos puestos de combate; algunos pudieron vencer los obstáculos, pero otros encontraron impedimentos imposibles de superar: *La Lave*, *el Darius*, *el Milan*, y *el Lucifer* pudieron salir del Liman y venir á fondear sobre el lado opuesto al fuerte, esto es mas arriba del Liman y en el mar Negro; de este modo el istmo de Kinburn se halla cubierto á los dos lados por los fuegos de los buques de guerra.

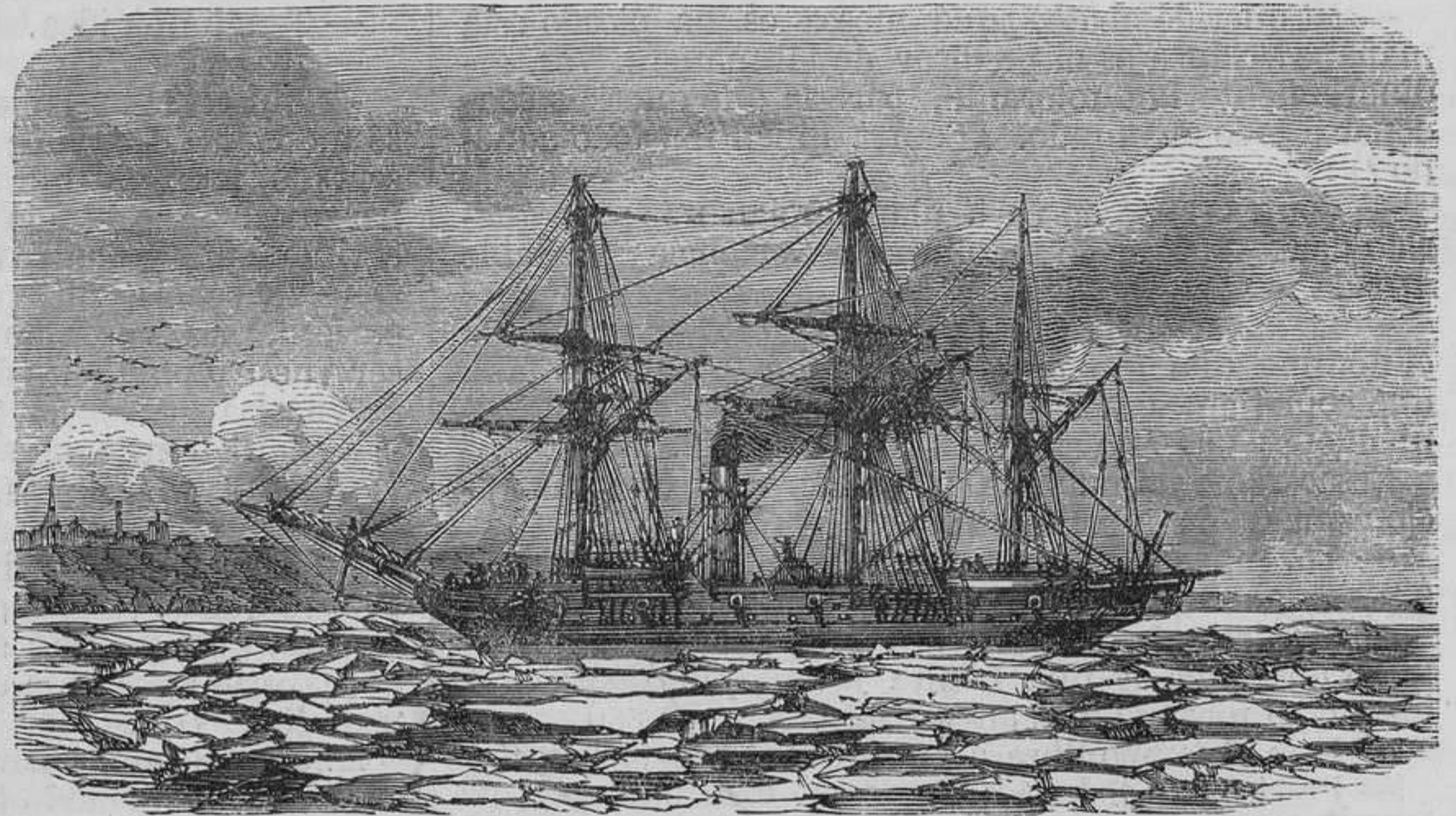
Los medios mas enérgicos se han inventado y organizado á bordo de los buques cogidos en los hielos pa-



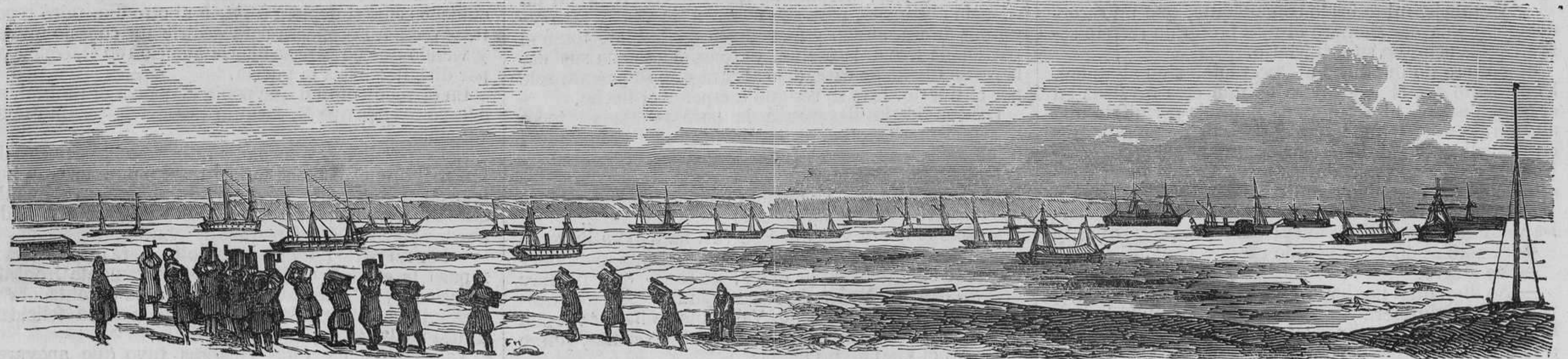
Avanzadas en el interior de la aldea de Kinburn.



La batería flotante *la Devastacion* entre los hielos.



El Phlégeton atravesando un banco de hielo.



La escuadra francesa entre los hielos, en la rada de Kinburn.

ra resistir á toda sorpresa que el enemigo, que ocupá *Otchakoff*, á dos millas cuando mas de los primeros buques, podria tener idea de intentar contra nosotros. El comandante *Paris* que manda la estacion ha desplegado la mayor actividad y cada comandante en particular ha cuidado de la seguridad de su buque.

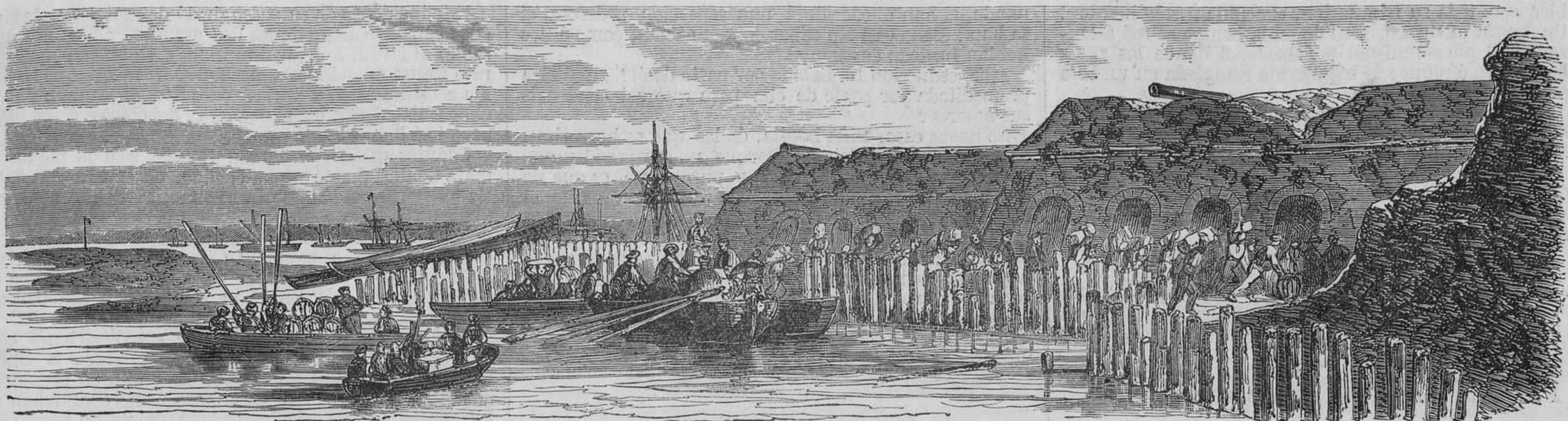
El coronel del 95º *M. Danner* con su intrépido regimiento, está encargado de la defensa de Kinburn, ese puesto avanzado de nuestras operaciones en la Crimea; era imposible de todo punto hacer una eleccion mas acertada; los soldados de ese regimiento aunque han permanecido desde el principio del sitio bajo los muros de *Sebastopol* y sufrieron muchas pérdidas en



Avanzada y cementerio ruso.

Tractyr donde tuvieron que sopor- tar solos el primer esfuerzo de los rusos, desplagan aquí una abnegacion sin igual. Son á la vez artilleros, trabajadores en la tierra, albañiles, se prestan á todos los servicios, se soplan los dedos y á menudo se dicen bromas sobre el frío que hiela sus narices y sus orejas. Es imposible figurarse la variedad de sus trajes que hallarán naturalmente su lugar debido en los tipos y fisonomias del ejército de Oriente.

Todos los días se ven desertores rusos que llegan aquí atravesando los hielos del Liman; y siempre nos vienen anunciando un próximo ataque de los rusos que desean recobrar este puesto á toda costa. Nuestros soldados les esperan con mucha impaciencia, pues suponen

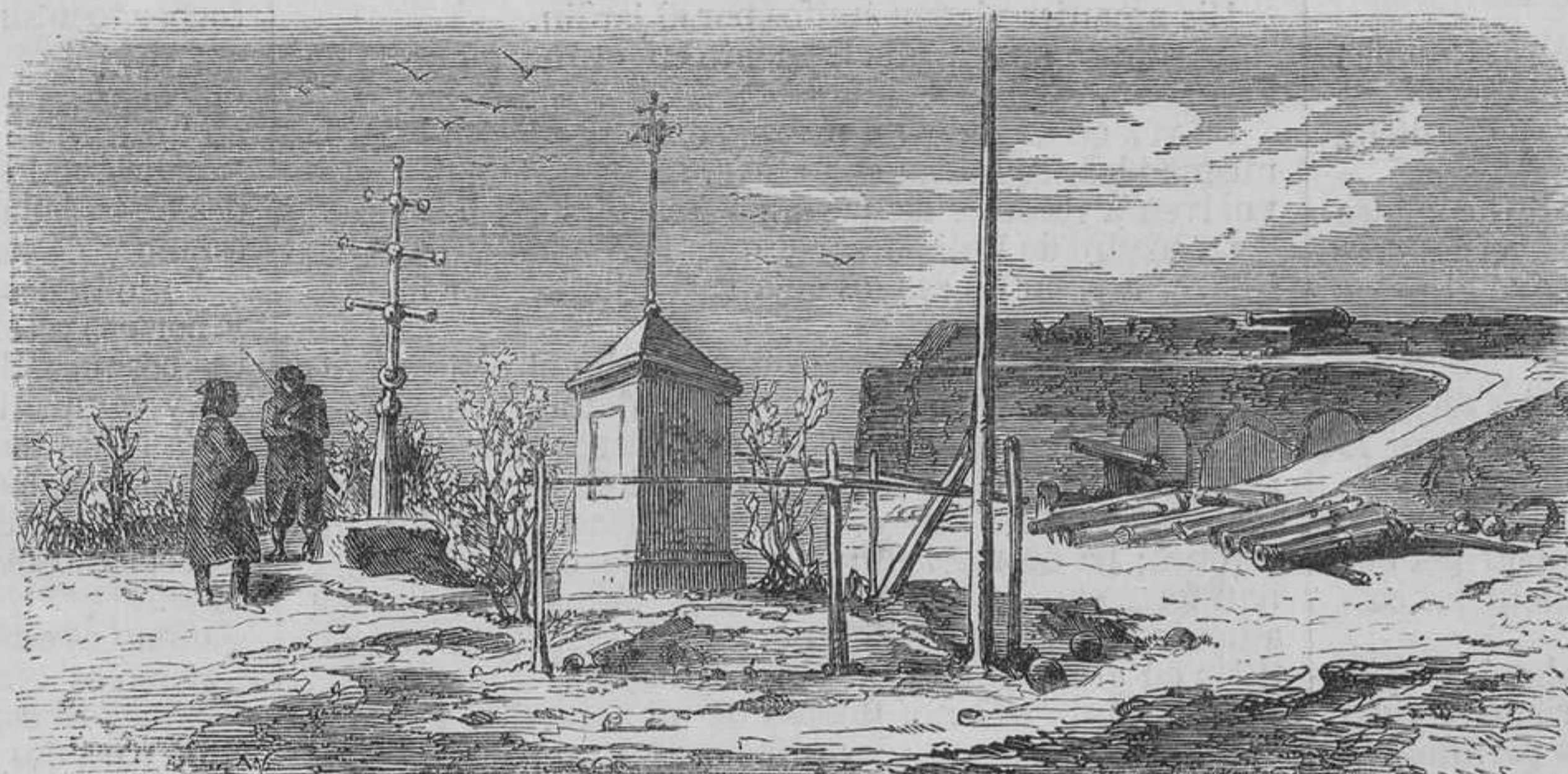


Desembarcadero de Kinburn, bajo las murallas S. E. del fuerte.

que una vez que hayan visto el color del fuerte les dejarán en paz el resto del invierno; es seguro que nuestros medios de defensa pueden frustrar todos los planes de los rusos.

A una milla del fuerte se encuentra la pequeña aldea de Kinburn, fuertemente ocupada y protegida sobre toda la longitud del istmo por una fortificación sólida con foso y parapeto; muchas baterías defienden sus diferentes caras y todas estas obras se hallan en comunicacion con las casas de la aldea.

A la derecha y á la izquierda, esto es, por el lado del Liman y del mar Negro, dos fuertes baterías flotantes que pueden armar cada una diez y seis piezas de 50 n° 1 en una andanada, toman al sesgo todo lo que podria



Monumento elevado á a memoria del general Souwarof en el fuerte de Kinburn.

presentarse á vanguardia de los aproches de la trinchera de la aldea. La plaza se halla perfectamente abastecida así como la guarnicion; á pesar del rigor del frio hay pocos enfermos y pocos hombres helados gracias, á las precauciones tomadas por todos los jefes del servicio. Los ingenieros, con los medios insuficientes que tienen á su disposicion, han sabido hacer trabajos increíbles para volver á poner en estado de defensa un fuerte casi destruido por el bombardeo. Los almacenes han sido restablecidos en gran parte y para reemplazar los cuarteles demolidos se han levantado muchas barracas.

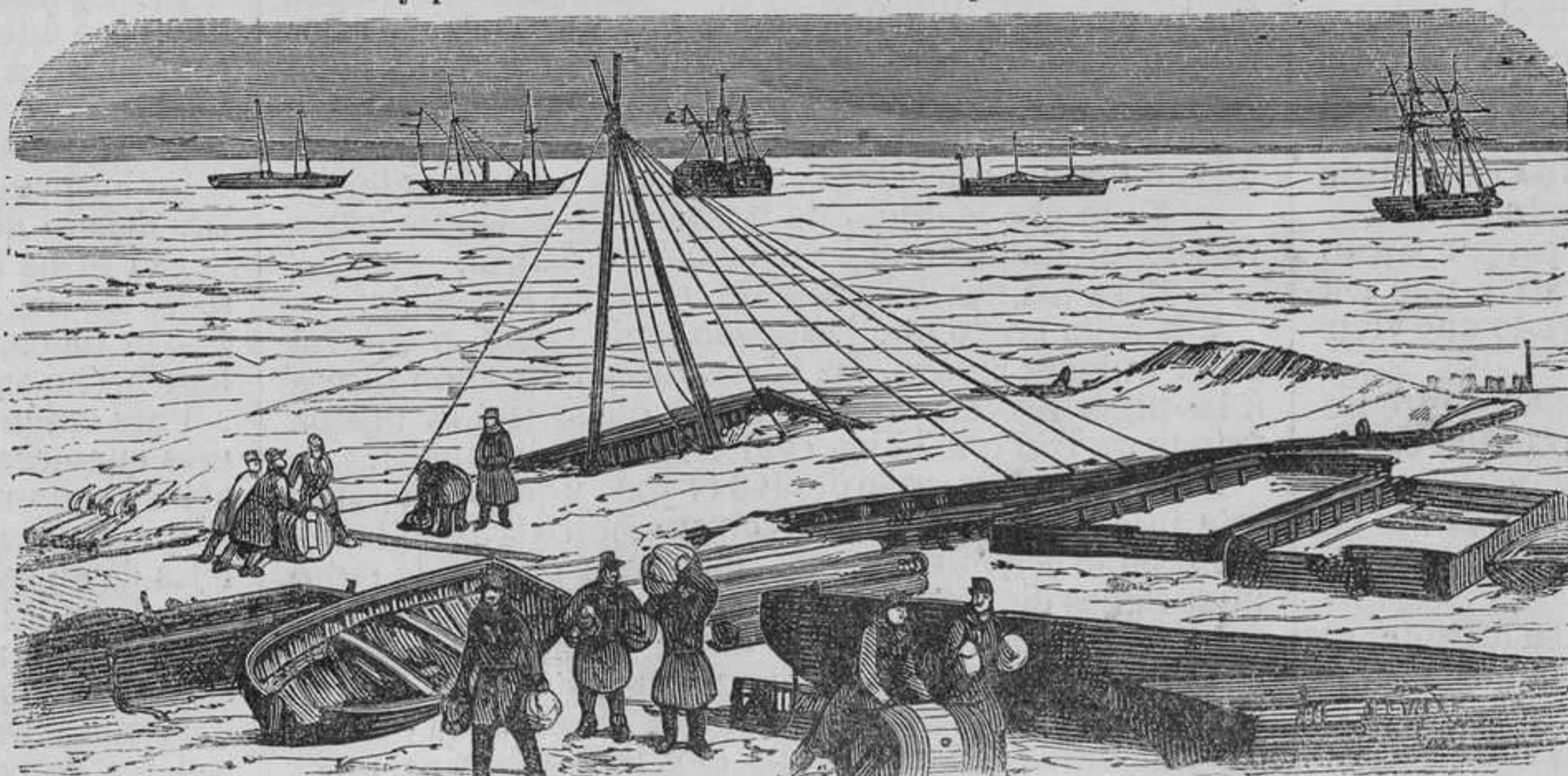
Las avanzadas de la caballería rusa se acercan á veces hasta una milla de las nuestras; un día que cogieron á



Poterna y parte del fuerte de Kinburn, despues del bombardeo.

tres oficiales de marina que se habian alejado imprudentemente, les mataron algunos caballos é hirieron á unos cuantos hombres con un obus de montaña. Parece que reúnen fuerzas á la entrada del istmo, y por eso se aumentan todos los dias las provisiones y los medios de defensa.

Tendra es una isla llana que apenas presenta algunas ondulaciones de arena: se halla cubierta de una vegetacion pantanosa y no ofrece ninguna señal de cultivo; los rusos han construido en ella un hermoso faro cuya linterna tuvieron buen cuidado de recoger ántes de abandonar el terreno. Tendra forma con la bahía de Kinburn, una bahía vasta y segura donde una inmensa escuadra encontraría



Desembarcadero de Kinburn estropeado por los hielos.

un excelente fondeadero; la mar se hieló en enero y febrero y los hielos han destruido el embarcadero. El *Phlégéton* en sus viajes de cruceo por las bocas del Dnieper tuvo ya ocasion de visitar Tendra y de hacer su hidrografia.

Lo que se creyó la tumba de Souwarof no es en realidad mas que un monumento elevado en honor de este general que tomó Kinburn á los turcos.

Durante la ventolera que hemos sufrido, varios buques se han perdido contra la costa de Kamiesh, entre otros un magnífico clipper cargado de forraje que fué á zozobrar sobre la punta de Kazatch; otro buque con cargamento de carbon se perdió tam-



Los establecimientos de la marina sobre la punta de Kinburn.

bien con toda su tripulación, excepto un solo hombre. Un buque austriaco, perdido en la bruma se fué á lanzar en el puerto mismo de Sebastopol donde los rusos le echaron á pique; la tripulación refugiada en un bote pudo llegar á Eupatoria.

Nuestras tropas están perfectamente instaladas en sus cuarteles de invierno; hay en Eupatoria cerca de 50.000 hombres entre turcos, franceses é ingleses.

No tenemos noticias de Circasia; pero *el Sané*, fragata de vapor, marcha mañana para ese destino, y acabo de saber que nosotros también debemos salir pronto á operar un nuevo reconocimiento.

D. B.

UN NIDO VACIO.

Á LA LINDA Y SIMPÁTICA HEROINA DE ESTA NOVELA.

EL AUTOR.

I.

¡Bienaventurada seas, alegre y hechicera Rosalía! Dios te dé ese cielo azul que tanto te agrada, esas flores perfumadas que tanto te gustan, esa paz y esa dicha que tanto deseas.

Escucha cómo trinan las aves de tu jardín, cómo se sonríen las violetas escondidas detrás de las verdes cortinas de sus hojas, cómo murmura el arroyo al pasar por debajo de las bóvedas de tilos y acacias de tu pradera.

Haga Dios, que nos da los días serenos y las alegrías puras del alma, que Fernando te quiera siempre lo mismo.

Y que así como ninguna nube empaña el azul transparente del cielo bajo que vives, ninguna lágrima enturbie tus ojos oscuros, ninguna pena manche las castas imágenes de tus amores.

No os extrañéis que desee tantas felicidades á la niña bonita que está enamorada y que alegre, risueña y sin cuidados recorre al lado de su amante las perfumadas calles de su jardín, las olorosas alamedas de sus bosques.

Ámala siempre mucho, Fernando, hazla dichosa como hoy, porque te quiere con toda su alma; fija en ella tus ojos amorosos para que la niña bonita se mire en su cristal. Ya sabes que es el espejo que ella prefiere.

¿Pero dónde vais, amantes dichosos?...

¡Ah! os vais á sentar á la sombra de los tilos perfumados para amaros y deciroslo, vais á esperar que las tórtolas se arrullen para miraros y sonreiros como si lo hicieran porque os ven juntos, porque os oyen soñar amores. Como si ellas no se amaran también, como si ellas no se lo dijeran mutuamente en esas notas tristes, lánguidas y enamoradas que tanto os gusta escuchar.

Hélos aquí sentados sobre el musgo y el verde césped con una bóveda de hojas por dosel, con una tierra cubierta de flores por alfombra.

Vedlos cómo se miran, cómo se aman y cómo se lo dicen, cómo sueñan amores el mas delicioso de los sueños, y cómo Rosalía se sonríe enseñando dos líneas de nácar.

Allí están hablando de sí mismos hace un largo rato, y por eso no se cansan de su agradable conversacion; se están contando todas las impresiones de sus primeras miradas, todo lo que el alma siente de emociones ántes de pronunciar las palabras te amó, y que producen las miradas de dos ojos simpáticos, las sonrisas de los labios que nos han agradado, y esos pequeños detalles en los que el corazón que va á enamorarse se fija con delicia por mas que pasen desapercibidas para los indiferentes.

Oíd, cómo se juran amarse siempre, porque segun dicen, se quieren tanto que no pueden vivir uno sin otro, y no conciben felicidad alguna teniendo que vivir separados.

Ella abandona su blanca y perfumada mano entre las manos de su amante que palpita de emoción al estrecharla y la cubre de besos.

Rosalía apoya sus oscuros cabellos sobre los labios de Fernando y él aspira á grandes oleadas el perfume que de ellos se desprende.

Rosalía alza sus ojos y los fija en los de su amante, se miran sonriendo y como electrizados por la misma impresión, como si la misma idea se hubiera despertado al mismo tiempo en las dos cabezas, sus labios se acercan y confunden sus mutuos alientos en un delicioso y prolongado beso.

Un beso, un beso, solos y á orillas de un arroyo, sin mas testigo que el cielo y las aves, los árboles y las flores.

Si, un beso, ¡y qué crimen han cometido mis amantes en besarse, qué mancha puede dejar en los labios de mí Rosalía el contacto de los de Fernando para que os parezca extraño que se besen!

¿Cuándo se han apoyado los labios sobre los labios mas castamente? ¿Cuándo se ha verificado ese contacto ménos carnalmente?

¡Oh! no os asustéis, porque dos jóvenes se besen, si pudierais apreciar las sensaciones que pasaban por el alma de él cuando se ha acercado á ella, si hubierais podido penetrar en las ideas de ella cuando ha buscado los labios de él, os sonreiríais tranquilos como me sonrío yo que lo sé.

¿Qué crimen hallais en el beso de una madre al hijo de sus amores? ¿qué mal encontráis en que el hermano bese á su hermana querida?

¿Y porqué han de haber hecho mal Rosalía y Fer-

nando, si han obedecido á una sensación poderosa, si se han besado casi sin saber lo que hacian, como ántes habian juntado sus manos?

¿Qué seducción ha babido por parte de él? ¿qué idea premeditada por parte de ella para que así condeneis sus amores?

No hagais caso, niña bonita, de los que se horrorizan ante tan casta caricia, es porque no comprenden que dos labios pueden unirse casta y puramente, es que no conciben que el alma se despierta mientras duerme el cuerpo.

Decídselo vosotras, blancas azucenas, blancas rosas del jardín, enseñadles vuestras limpidas corolas á ver si hay en ellas una mancha, y luego cuando exclamen qué pura es la azucena, contadles que la brisa os ha besado, que el céfiro se ha parado en vuestros cálices.

No, felices amantes míos, amaos como os amais ahora, vuestras almas puras son vuestra mejor defensa.

II.

Mis amantes vienen juntos por el jardín.

Rosalía se apoya muellemente en el brazo que la da Fernando.

De vez en cuando se paran como obedeciendo á la misma idea, se miran con amor, sonríen de felicidad y vuelven á recorrer las perfumadas calles del jardín.

La madre de Rosalía sabe que Fernando ama á su hija, y á pesar de eso los deja vagar juntos por el bosque.

No culpeis á la madre porque no quita el peligro quitando la ocasion; el otro día oculta detrás de unas matas, ha sido testigo de una de esas escenas puras en que siempre se embriaga con delicia el alma de una madre; ha escuchado sin ser vista la conversacion de los dos jóvenes; ha oído los dulces sueños de oro que juntos han formado, y al ver las ideas puras y castas del amante de su hija, ha sentido no poder realizar los castillos en el aire que juntos se fraguaban.

— ¡Cuánto te amo, Rosalía de mi vida, dice Fernando, mirando á su amada, cómo ocupas mi pensamiento, hermosa mía, si supieras cómo conservo tu imagen grabada en mi corazón, si pudiera yo decírtelo cómo te amo, si mis palabras pudieran explicar los sentimientos que se desbordan de mi alma, verías, vida mía, que nunca amantes se han querido como nosotros, que nunca nacieron dos almas que se comprenderán mejor y comprenderías que Dios despues de haberme creado, te hizo á tí para complemento de mi vida y que ahora sería imposible que yo me separase de tu lado.

— Concibo muy bien, Fernando, tus frases, añadia la niña, porque mis ideas son las tuyas, así como nuestros sentimientos son idénticos.

— ¿Con qué tanto me amas?

— Cómo no puede amarse mas.

— Qué feliz me hacen tus palabras, Rosalía, porque veo en tu amor la recompensa del mío.

Y los dos amantes seguian juntos amándose y diciéndose.

De repente se le ocurrió á Rosalía una idea que se le ha ocurrido á todas las muchachas que tienen costumbre de pasear por el campo y cogiendo una margarita silvestre hizo con ella lo que la Margarita de Goethe en el Fausto; lo que la heroína de Arsene Housaye del mismo nombre; cogióla en sus blancas y suaves manos tan puras como los pétalos de la flor, y arrancando estos uno despues de otro murmuraba: *me quiere, un poco, mucho, apasionadamente, nada*; la flor que habia servido de oráculo, solo tenia 44 pétalos, así que al arrancar el último Rosalía miró alegre y contenta á su amante.

— Ya lo ves, le dijo, esta margarita á quien he interrogado me ha dicho que me amas con delirio.

— Pues esa flor debe saberlo, contestó Fernando.

Y Rosalía creyó que Fernando tenia razon, porque si no la hubiera amado, las flores que no engañan nunca á las niñas bonitas se lo hubiera dicho con la misma franqueza con que habia contestado que la amaba.

De repente Fernando detuvo el paso y paró á Rosalía, esta interrogó á su amante con una mirada, y él la señaló con el dedo un nido de ruiseñores escondido entre unas ramas de lilas.

La pobre madre inquieta al ver venir directamente dos personas hácia el fruto de sus amores, en vez de huir se habia colocado encima de ellos y los protegía con sus alas, mientras dirigía con sus ojos inquietos y azorados una mirada á los dos amantes.

— Pobrecita, murmuró Rosalía.

— Como los quiere, repuso Fernando.

— Me dan lástima, dijo la niña, pobrecita pájara, se desvive por ellos, mira, Fernando, cómo nos suplica con los ojos que no toquemos á sus hijos, que no le arrebateemos á sus pajaritos, vámonos, me da pena verla tan inquieta.

Y se alejaron recordando el nido de ruiseñores y formando mil comentarios agradables y risueños de este encuentro.

Al poco rato oyeron los dulces trinos, los inimitables gorgoros de un ruiseñor, y Rosalía fijó sus ojos en los de Fernando.

El padre nos da las gracias, dijo este, porque hemos respetado su tierna cria; pobres aves, qué daño habiamos de hacerles porque se aman, qué gusto habiamos de encontrar en llevarnos sus hijuelos y verlos luego moribundos llamar á sus padres y á estos inquietos rondar en torno de su prision llamándolos tristemente.

— Pobres pájaros, dejémoslos ser felices, murmuró Rosalía.

Este incidente de su paseo sirvió de materia para muchas conversaciones de los dos amantes: siempre que salían al jardín buscaban el nido y se quedaban largo rato contemplando los ruiseñores. La madre que se habia acostumbrado á verlos todos los días, no huía de ellos y llevaba su confianza hasta dejar solos á sus hijos para ir á buscarlos de comer.

Cuántas mañanas sentada Rosalía sola al pié de la mata de lilas donde estaba el nido, observaba con delicia los tiernos cuidados de aquella madre que contemplaba á sus hijos como la suya la queria á ella, y sentía una emoción tiernísima en su alma.

Cuántas ideas se agolpaban á su mente al considerar los puros goces de un amor tan desinteresado como el de una madre, y soñaba con Fernando á quien cada vez queria mas, y en quien continuamente pensaba.

Muchos días, despues de largas conversaciones con su amante, cuando este se marchaba, venia la linda Rosalía á sentarse junto á las lilas y allí, en presencia de aquellos pájaros que con tanto esmero cuidaban al hijo de sus amores, se repetía las palabras de Fernando y se olvidaba completamente de este mundo, para absorber todo su pensamiento en el que amaba.

¡Ah! ¡el campo, el campo! la rica naturaleza pródiga en colores, en armonías y en perfumes convida á soñar en un mundo de delicias. Ya lo sabes tú, enamorada Rosalía, ya lo conoces, cuando dejas las estrechas paredes de tu cuarto, para venir á respirar el perfume del espinillo y de las lilas, de la madre-selva y de los tilos.

Ya lo tienes bien aprendido, hechicera heroína mía, y por eso recorres solitaria y con calma las alamedas de tus bosques, donde crecen mejoranas y violetas, mentas y campanillas blancas.

Ya sabes también, que cuando el alma vive de amores no se debe ir al campo mas que con la persona amada ó sola, porque el amor que despierta en nosotros el espectáculo de la naturaleza rechaza toda clase de testigos.

Cómo os amais, Rosalía.

Como os amais, Fernando.

Nunca os separe el cielo, porque la separacion es horrible para dos corazones que viven uno para otro, « la muerte es horrible solo porque es una separacion eterna, » dice la balada alemana, y la balada tiene razon.

Escucha, Rosalía, oyes ese cántico armonioso que se desprende de esa retama en notas cristalinas como una lluvia de perlas; ¿no te acuerdas de él? Le has oído un día que ibas del brazo con Fernando, el día que descubristeis el nido de los ruiseñores, aquella mañana en que la madre os pedía que tuvierais compasion de sus hijuelos, y la tuvisteis y os dió las gracias en su dulce y trinado lenguaje.

Pero mira, niña, Fernando te busca, ¿le oyes cómo te llama? Y Rosalía se levantó llena de emoción y alegría al oír la voz de su amante, y fué á buscarle para contarle los sueños que se habia forjado sola.

¿Cómo se aman!

Dios os dé la paz y la dicha de que son dignos los que se aman.

Dios os bendiga, héroes queridos de mi historia.

III.

¿Qué tristes están tus ojos, Rosalía!

¿Qué palidez tan amarga cubre esas bellas mejillas que poco ántes me complacian en admirar, cuando las comparaba á las rosas de tu jardín y á las nubes que vuelan en torno de una tranquila alborada de mayo!

¿Porqué te entristeces, linda heroína mía?

Tu Fernando se ha marchado hace dos meses, y no has dejado de llorarle un solo instante, ¡pobre niña!...

¿No te ha dicho al despedirse de tí, con los ojos arrasados de lágrimas, que te amaba mas que á su vida? ¿No te ha escrito dulces y enamoradas cartas, que te han hecho suspirar de felicidad?...

Pues entónces no llores, Rosalía, porque él volverá mas enamorado que nunca y premiará tus desvelos y afanes con un amor sin límites, mucho mas grande que el que hasta ahora has conocido, como el que soñabas lejos de él, como el en que pensabas cuando le tenias á tu lado, mirándote en sus ojos y dejando tranquila y confiada tu mano entre sus manos y tu linda cabeza sobre su seno.

No me enseñes tus ventanas, Rosalía, sé lo que me quieres decir y tú también sabes que si tus golondrinas se han ido, volverán en marzo alegres y vocingleras á fabricar nuevos nidos en torno de ellas y á traerte días sin nubes, noches estrelladas, y un mundo de flores y de mariposas.

No me enseñes las rojas bayas de los agavanzos y del espinillo.

También en abril se cubrirán los dos de verdes tallos que darán sonrosados capullos y menudas flores blancas como tu alma.

No me señales las hojas amarillentas que el cierzo de otoño arranca á tus pomposos tilos, mayo vendrá á cubrirlos de nuevo de doseles de esmeralda, y abrirá esas florecillas embalsamadas que perfumaban el ambiente cuando te sentabas á su sombra.

Y hace ya mucho que no bajas al jardín. Ingrata niña, has olvidado tus flores predilectas, porque ya no está él; temes no encontrar ninguna porque el otoño implaceable y crudo reina absoluto en la naturaleza.

Aun hay amarantos y crisantemos, rojos aquellos y de infinitos colores estos.

— ¿Y tus ruiseñores, niña? ¿los has olvidado, los has abandonado?

¡Pobre Rosalía! ¡qué taciturna recorre los sitios testigos de su felicidad pasada!

Ya no se esmalta la pradera de gotas de rocío que presentan á la vista los deslumbrantes reflejos del iris, los cambiantes de las piedras preciosas.

Ya no hay flores de perfumados pétalos en las que viene á posarse la mariposa flor alada.

Ya no tiene margaritas á quien consultar para saber si Fernando sigue fiel, el oráculo campestre ha desaparecido con las apacibles noches del estío.

Y cada uno de estos objetos que sus ojos buscan y no encuentran los cubren de líquidas y transparentes lágrimas; fueron testigos de su amor....

Pero sus pasos, por mas que su pecho lo desea, no se atreven á llegar á un sitio en que ha puesto su pensamiento.

— Si mis ruiñeños vivieran, dice Rosalía, seria yo feliz; si ahora me consolaran con sus dulces gorgoros; si me recordaran aquellas deliciosas mañanas de paz y de amores que hemos pasado escuchándolos; si vinieran á alegrar mi triste soledad con sus endechas; si me repitieran aquellas frases de amor que se decían enamorados, ah mis ruiñeños, mis ruiñeños.

Y Rosalía avanzó algunos pasos, la lila estaba sin hojas, la araña había tendido su red entre las ramas desnudas.

No vayas, niña, vuélvete á tu casa y sueña con Fernando, piensa en él y no te ocupes de tu nido, ponte á cantar como las heroínas de Alfonso Karr, la canción alemana :

Kom lieber mai

Vuelve querido mayo!

¡Y volverá!

¡Ah! Rosalía ha dado un grito, su madre ha salido asustada y la ha recogido en sus brazos al pié de la mata de lilas; pobre heroína mia, ¡qué idea tan horrible ha cruzado por su mente! está sin sentido, ¡ay mi Rosalía! nadie se explica la causa...

Mirad, lectoras bonitas, pero sin que os asusteis como ella.

Ya no están los ruiñeños.

¡El nido está vacío!!....

AGUSTIN BONNAT.

Exposicion Universal de la Industria.

XXIV.

CARACTÉRES DEL PROGRESO EN LAS ARTES GRÁFICAS. — LITOGRAFÍA. — IMPRESIONES DE LÁMINAS.

Si ántes de abandonar el exámen de la tipografía fuese necesario determinar en forma de conclusiones, cuáles son los ramos de esta grande industria en que el progreso se manifiesta bajo un carácter mas notable, indicaríamos sin titubear el arte de imprimir las viñetas en el texto y la impresion en colores.

El progreso es tambien real en la imprenta propiamente dicha; pero á juzgar por el conjunto de las obras expuestas, no estriba este progreso en los nuevos descubrimientos; estriba mas bien en el ensanche considerable del círculo en que se ejecutan los trabajos de mérito. Hace quince años apénas se contaban en Paris tres ó cuatro casas en las que los libros reunian todas las condiciones que se requieren bajo el punto de vista de la belleza de tipos y de la correccion de texto; hoy día pasan de veinte; y en vez de ser mas ó ménos defectuosos como en otros tiempos, los trabajos ejecutados por la mayor parte de los impresores, se presentan siempre bajo un aspecto bastante satisfactorio. En realidad puede decirse que las obras mal impresas han desaparecido del comercio, y el nivel de la medianía ha adquirido una elevacion muy notable. Este es el carácter distintivo de los perfeccionamientos en 1855; perfeccionamientos tanto mas preciosos cuanto que han reportado ventajas inmensas para los libros de mucha circulacion.

Es preciso tener en cuenta que el movimiento notado en la imprenta ha sido secundado por los esfuerzos de diversas industrias auxiliares que figuraban honrosamente en la Exposicion Universal. Agrupadas en torno de la tipografía, han formado en union con ella un solo cuerpo cuya suerte está sujeta al mismo porvenir. Así por ejemplo, la fabricacion de la tinta, que por su naturaleza llama poco la atencion del público, ha perfeccionado su proceder en estos últimos tiempos. Las exigencias del grabado sobre madera, para el cual se requiere tinta muy superior, han contribuido en gran manera á esta mejora. Aunque segun observa muy juiciosamente M. Ambroise-Firmin Didot á propósito de la exposicion de Lóndres, hay que esperar solo del tiempo el fallo sobre las cualidades relativas de los productos de esta especie, no puede ménos de reconocerse que las tintas de las muestras presentadas por los fabricantes franceses son lustrosas y consistentes.

Para poder repartir con equidad el mérito del éxito obtenido, deben igualmente tomarse en cuenta las mejoras ejecutadas en la fabricacion del papel. En una de las primeras exposiciones francesas, en 1806, al observar el jurado los progresos hechos recientemente animaba á los fabricantes á perseverar en sus esfuerzos, á fin de elevar esta industria al grado de perfeccion á que habia llegado en el extranjero. Se hacian entónces los primeros ensayos, todavía oscuros y dudosos, de la máquina

para fabricar el papel continuo. Desde esta época, y sobre todo de veinte años á esta parte, se han operado cambios notables en la fabricacion del papel. Casi todas las operaciones han entrado en la jurisdiccion de la maquinaria. El papel de escribir, cuyo uso se remonta á los primeros tiempos de la antigüedad y se encuentra muy anterior al del pergamino, ha sido fabricado sucesivamente de materias diversas; el *papyrus*, el algodón, el lino, el cáñamo, etc.

Después de haber abandonado el algodón se ha vuelto de nuevo á él á causa de la escasez de trapos viejos de hilo. El papel de los últimos siglos era en general muy estimado por la solidez que están muy léjos de presentar siempre los productos que salen de las máquinas. Búscase no obstante hoy día el medio de darle la consistencia del papel antiguo, conservando siempre la ventaja de la baratura que ofrece el nuevo. El blanqueo es objeto de estudios perseverantes. M. Paul-Firmin Didot se ha dedicado en estos últimos tiempos á experiencias asiduas y reiteradas, con el objeto de perfeccionar, por el uso del ácido carbónico, el método usado generalmente. La imprenta tipográfica saca partido de todos los esfuerzos que tienen por objeto el perfeccionamiento de esta fabricacion.

El grabado y la fundicion de caracteres, de viñetas florones y demás ornatos accesorios, le han prestado del mismo modo con sus recientes progresos una cooperacion inapreciable. Las exposiciones de los grabadores y fundidores atestiguan cada vez mas desde la exposicion de 1849, los progresos obtenidos en la belleza de las formas, y los esfuerzos que se han hecho de día en día por hacer revivir las leyes del buen gusto de que hace doce ó quince años nos habian alejado los caprichos de algunos editores. La elegancia del corte se ha hermanado con la limpieza de los rasgos. Merecen particular mencion las muestras tan variadas expuestas por un establecimiento modelo, la *Fundicion general de caracteres franceses y extranjeros*, hábilmente dirigido por M. Charles Laboulaye. En este establecimiento se fabrican con buen éxito planchas para las obras ilustradas. Merecen citarse tambien MM. Battenberg, Petibon y Longien, Renault y Robeis, etc.

Mencionarémos además las ingeniosas obras de un grabador sobresaliente, M. Derriey á quien la tipografía es deudora de ornatos del mejor gusto. En 1849 el jurado habia notado, entre las invenciones de M. Derriey, un sistema mecánico para cortar los filetes de imprenta de manera que se podian formar las figuras mas diferentes. Encontrábase una aplicacion muy curiosa de este sistema en los *Ensayos prácticos de imprenta*, publicados con motivo de la misma exposicion de 1849 por M. Paul Dupont.

Un cajista de la imprenta de Dupont, M. Victor Moulinet, expuso el año pasado un retrato de cuerpo entero de Guttenberg hecho con filetes tipográficos. Es una obra de arte y de paciencia, que exige á la vez un ojo muy exacto y una habilidad y destreza superiores. Jamás se habia ejecutado un trabajo tan complicado y tan difícil, para el que han sido necesarias mas de veinte mil piezas, de las cuales hay muchas que son casi imperceptibles á la simple vista. Estas piezas se hallan reunidas con tal regularidad, que dan al retrato toda la gracia, toda la elegancia de un dibujo.

En el grupo de las industrias auxiliares de la tipografía, la galvanoplastia, de la que ya hemos visto aplicaciones muy variadas, gana cada día nuevo terreno. La Exposicion Universal nos la presentó bajo diferentes aspectos. Unas veces la corriente eléctrica sirve para cubrir una plancha estereotipada en plomo de una capa de cobre que da á los caracteres una solidez inalterable. Tiénesse, por ejemplo, que efectuar una tirada muy considerable, tirada de quinientos ó seiscientos mil ejemplares, como para las acciones de los caminos de hierro; pues se puede ejecutar con solo un molde galvanizado, sin que el monopolio de las letras ordinarias obligue á recurrir á composiciones múltiples. Otra se emplea la galvanoplastia para la reproduccion simultánea de signos siempre semejantes como los sellos del correo. Con gusto vimos las preciosas hojas expuestas por M. Hulot, de la casa de Moneda de Paris, que contenian muchos cientos de figuras tiradas de una sola vez. Tambien están hechas de un solo golpe las planchas para la impresion de los naipes, en particular las de aquellos que la administracion se reserva las matrices con objeto de facilitar la recaudacion del impuesto que pesa sobre este ramo.

En algunos escaparates se leian rótulos como este: *Tipografía galvanoplástica, electrotipador tipógrafo*, que demuestran que la explotacion de las fuerzas de la electricidad tiende á formar aquí una especialidad industrial. M. Sirasse ha hecho ensayos interesantes, no solo para galvanizar *clichés* ó planchas, sino caracteres ordinarios. La idea de cubrir por medio de la galvanoplastia el ojo de la letra de una capa de cobre para aumentar su dureza, nació hace algunos años en los Estados Unidos de América; pero hasta este día el precio subido de estas aplicaciones las habia colocado fuera de los usos de la tipografía. Además, el baño aplicado á los caracteres separados los daba un espesor variable, que impedía obtener en la composicion una superficie perfectamente plana. Auxiliado de diferentes combinaciones, M. Sirasse busca el medio de disminuir el costo y remediar los inconvenientes expuestos. Las investigaciones á que se ha entregado son muy útiles por sí mismas, y el resultado será disminuir considerablemente los gastos generales que pesan sobre los impresores proporcionándoles letras cuya duracion será cinco ó seis veces mayor que la de los caracteres en plomo. ■

Puede decirse sin temor de aventurarse en suposiciones temerarias, que si la tipografía hace en adelante progresos notables, será deudora de ellos al empleo de la electricidad y al de la luz. Al lado de la galvanoplastia, la fotografía trabaja por penetrar en el dominio de la imprenta tipográfica. Tal vez reserva para un porvenir próximo resultados destinados á producir una profunda admiracion.

Conquistas de esta naturaleza, léjos de empobrecer el arte á cuya costa parecen hechas, contribuyen frecuentemente á enriquecerle. Un ejemplo de esto lo tenemos en la litografía, que ha venido como á usurpar algunos elementos á la misma tipografía. Sin embargo, en el fondo, el arte del litógrafo se liga muy estrechamente con el del impresor y le presta un auxilio muy eficaz. Léjos de empobrecerle le enriquece. Aspira tambien á expresar el pensamiento por medio de signos gráficos, no tan completamente como la tipografía, sino bajo una forma particular que se adapta maravillosamente á un sin número de casos especiales.

La litografía ha continuado en 1855 esta serie de progresos no interrumpidos que atestiguan las exposiciones francesas de treinta y cinco años á esta parte. Introducida en Francia en 1802 poco después de su creacion en Alemania, no principió á desarrollarse aquí sino diez ó doce años mas tarde. En la exposicion de 1819 el jurado saludaba, por decirlo así, este arte todavía nuevo haciendo mencion honrosa de los hombres que la habian aclimatado, en este territorio. A la exposicion siguiente, en 1823, era el inventor de la litografía, era el mismo Senefelder, el antiguo corista del teatro de Munich, quien recibia una medalla por los instrumentos y procedimientos empleados en una casa fundada en Paris por sus desvelos y bajo su mismo nombre.

Todo el mundo sabe que la litografía tiene por objeto el reproducir sobre el papel por medio de la impresion, la letra, el grabado, el dibujo, en una palabra, todos los signos trazados sobre una piedra; pero es una piedra de naturaleza particular y en condiciones determinadas. El mérito del impresor litógrafo, sobre todo para el dibujo, consiste en copiar el original con toda su verdad, en hacer revivir los tonos con una rigurosa exactitud, sin resistencia ni morbidez. La obra del impresor tiene sus condiciones de vida idénticas á la obra del mismo grabador.

La Exposicion Universal encerraba ejemplares litográficos verdaderamente admirables. Atraídos por una especie de encanto, los curiosos se detenian largo tiempo delante de los cuadros de MM. Lemerrier, Auguste-Bry, Engelman y Graff, Bertauts, etc. La cromolitografía, ó la impresion en colores por la prensa litográfica ha llegado á producir efectos maravillosos, sobre todo en las casas de M. Lemerrier y en las de MM. Engelman y Graff. Bien claro lo decian aquellas plantas, aquellas vidrieras, aquellos escudos de armas, aquellos cuadros de la edad media, etc., cuyos matices eran tan finos como si hubiesen salido del pincel mas delicado.

La imprenta del grabado formaba tambien parte de ese grupo de artes gráficas. Se sabe que la Inglaterra ha sobresalido hace tiempo en las impresiones de este género, y en la Exposicion de 1855 tenia muestras sorprendentes, cubiertas de esa forma delicada á través de la cual se entrevé el pensamiento y por decirlo así, el alma. Sin embargo, las páginas de M. Chardon, joven; las de M. Chardon, el mayor, las de MM. Delamain y Sarazin podian rivalizar con las mas perfectas pruebas ejecutadas por los ingleses.

Pero no queremos abandonar este asunto sin llamar la atencion sobre el método de impresion llamado comunmente *grabado á cuatro planchas*, grabado en color. Practicado en otro tiempo y abandonado después, este arte ha vuelto á revivir gracias á los esfuerzos de un artista distinguido, M. Isnard Desjardins. El mérito de los trabajos de este género, consiste en reproducir un grabado original á un precio módico y con tal exactitud, que á primera vista enganaría el ojo del mas experto aficionado.

El nombre de grabado á cuatro planchas da una idea suficiente de los procedimientos que se emplean en ella. En efecto, es necesario servirse de cuatro planchas de acero cada una de su color; amarilla la una, azul la otra, la tercera encarnada y la cuarta de color pardusco. Los matices pueden variarse hasta lo infinito por medio de la mezcla de estos colores; pero para conseguir efectos armoniosos, es preciso reunir la habilidad del práctico al sentimiento del artista. El cuadro de M. Isnard Desjardins encerraba reproducciones de aguadas, de retratos al óleo, de dibujos á dos tintas y de lapiz-plomo. Una sola plancha es suficiente para figurar estos dos últimos géneros. Estas reproducciones tienen la ventaja de servir para popularizar el conocimiento de las obras del arte, y esto las recomienda suficientemente á la atencion pública. Al ensanchar cada vez mas su círculo, las artes destinadas á multiplicar la expresion del pensamiento difunden al mismo tiempo las ideas de lo verdadero y de lo bello, llenando así su mision en la civilizacion general.

La locomotora del sistema Crampton.

En cuanto el hábil ingeniero inglés M. Crampton dió á luz su nuevo sistema de locomotoras hace algunos años, se comprendió que su descubrimiento produciría una revolucion en la explotacion de los ferro-carriles.

Nos explicarémos. — Aunque cada día la ciencia de la locomoción hizo desde un principio nuevos progresos, y aunque la continuación de las máquinas locomotoras haya alcanzado un alto grado de perfección, sin embargo, existen varios inconvenientes ya en la estructura de las vías férreas, ya en la repartición del peso en los ejes de la máquina que hasta ahora se habían podido combatir difícilmente. Estos inconvenientes se designan en la lengua de los caminos de hierro por estas palabras: movimiento de *galope*, movimiento de *lazo* y movimiento de *balanceo* ó de atrás adelante de la locomotora y reciprocamente.

El movimiento de galope tiene por causa principal el puesto que ocupan en las locomotoras ordinarias las ruedas motrices y la posición del centro de gravedad relativamente al eje de estas ruedas. Para obtener la adherencia sobre los carriles y por consiguiente la progresión, las ruedas motrices deben soportar una parte del peso de la máquina y el centro de gravedad cae en-

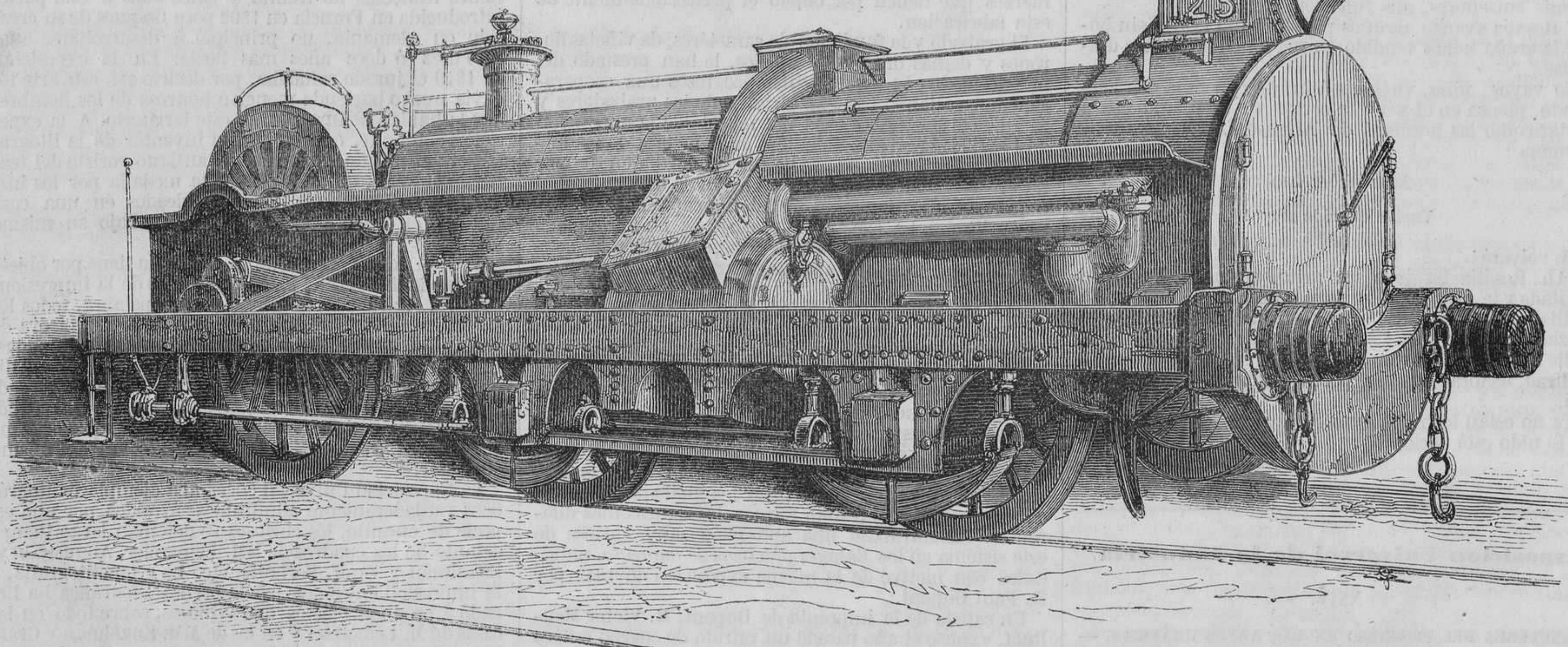
tre ese eje y el eje de detrás. El eje delantero se halla pues descargado y las desigualdades de la vía cuando se marcha á gran velocidad se hacen sentir mucho sobre ese eje. Hay oscilación en torno del centro de gravedad y las ruedas delanteras pueden levantarse hasta el punto de salir de los carriles. Quizá á esta causa deben atribuirse exclusivamente los descarrilamientos que se verifican sin causa aparente.

En cuanto al movimiento de *lazo*, se produce por una mala repartición del peso y por la demasiada proximidad de los ejes. En esta posición son de temer las oscilaciones horizontales. Nada dirémos del movimiento de *balanceo* que según la opinión de ingenieros competentes no se halla prevenido aun en la máquina Crampton.

Sentados estos preliminares, M. Crampton ha tratado de resolver el problema de la estabilidad en todos los grados de velocidad de la máquina.

Para conseguirlo, colocó las ruedas motrices en la

parte trasera de su máquina. Delante hay también dos ruedecitas que soportan una buena parte del peso total, y en medio otras dos que soportan muy poco de ese peso. La repartición del peso total de las 26 toneladas que pesa la máquina es la siguiente: — Ruedas motrices 12 toneladas; ruedas delanteras 9 toneladas; ruedas in-



La locomotora del sistema Crampton.

termedias 5 toneladas. La disposición de la rueda motriz en la parte trasera ha permitido dar á esta rueda un diámetro de 2 m. 10; el eje pasa delante del compartimiento del fuego; todo el cuerpo de la caldera está en hondo y coloca el centro de gravedad bastante bajo para aumentar la estabilidad de la masa, aunque la elevación del centro de gravedad sobre el suelo no tenga la mayor influencia en los fenómenos que presenta la

marcha rápida de las locomotoras. — La separación entre el eje motor y el eje delantero es de unos 4 m. 83, y esta separación que se podría disminuir sin inconveniente es una de las causas que se oponen al movimiento de *lazo*, así como la disposición de la rueda motriz en la parte trasera, corta el movimiento de *galope*.

Como el compartimiento del fuego está delante del

eje motor se ha podido ensanchar el foco: los tubos son 180.

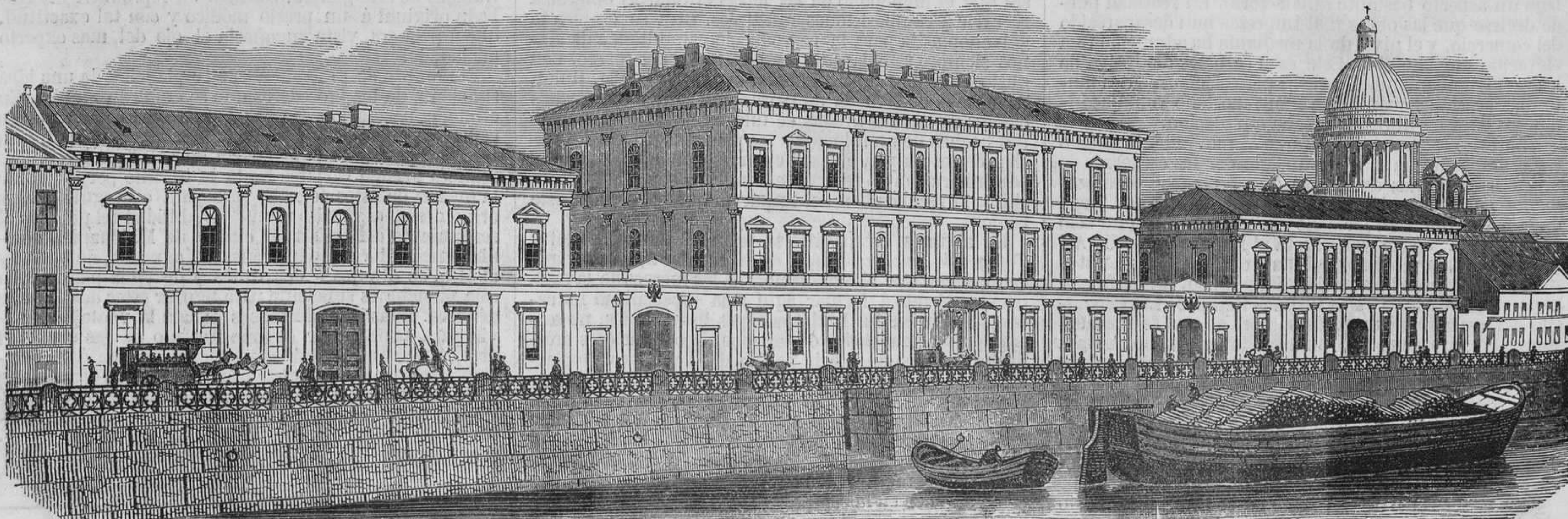
En resumen, las innovaciones introducidas por M. Crampton en la construcción de las locomotoras tienen por efecto destruir los dos movimientos indicados, y por consiguiente asegurar la estabilidad de la máquina, bajar el centro de gravedad, aumentar la superficie de calórico y colocar todo el mecanismo exteriormente.

La casa de correos de San Petersburgo.

Más de una vez se han comparado justamente los czares rusos con los antiguos califas árabes. Reyes, pontífices, generales, legisladores y jueces, los primeros cumplen así la *unidad de poder* fundada por Mahoma sobre la unidad de Dios. Entre los czares y los califas queda

aun cierta analogía; antiguamente en el imperio de Damasco y en el imperio de Córdoba, había grandes posadas públicas llamadas *menzal* en los caminos principales, establecidas y sostenidas á costa del Estado que se abrían gratuitamente á todos los viajeros, los cuales re-

cibían allí la *hospitalidad del califa*. Una parte de las rentas del príncipe se consagraba á este uso. En Rusia los viajeros encuentran igualmente la *hospitalidad del czar*. En todos los caminos principales del imperio, las casas de posta son también posadas. Construidas de la-



Fachada de la casa de correos de San Petersburgo.]

drillos en medio de las aldeas de madera, sobre un plano uniforme, cómodo y elegante, estas estaciones pertenecen al Estado, y el maestro de postas, empleado público, debe tener siempre una sala caliente y cierto

número de camas para los viajeros pobres. Las sillas de correos tienen también dos destinos; al mismo tiempo que llevan las cartas son unas verdaderas diligencias y con las estaciones gratuitas donde hallan sus rele-

vos, forman un *sistema de transporte* bastante rápido y cómodo para que muchos viajeros ricos le prefieran á sus propios carruajes.

Este sistema de transporte había carcido de un cen-

tro y en la capital del imperio el estrecho patio de la casa de correos donde iban á parar los carruajes no correspondía con la magnificencia de las estaciones de provincia. Además el servicio tomó un nuevo ensanche al mismo tiempo que todas las vías de comunicación á beneficio de dos grandes obras de utilidad pública, que fueron la primera un gran puente de piedra sobre el Newa construido entre el muelle Inglés y la isla de Vasili-Ostrof que contiene la Bolsa y las academias; este puente tiene un arco muy grande para dejar pasar los buques y conservar la libre navegación del río. De este modo las heladas y el deshielo del Newa dejaron de interrumpir como antes por espacio de semanas enteras la comunicación de la parte principal de S. Petersburgo con la otra y con todos los países mas al Norte. La otra obra citada, en curso de ejecución, es un ferrocarril entre S. Petersburgo y Moscu.

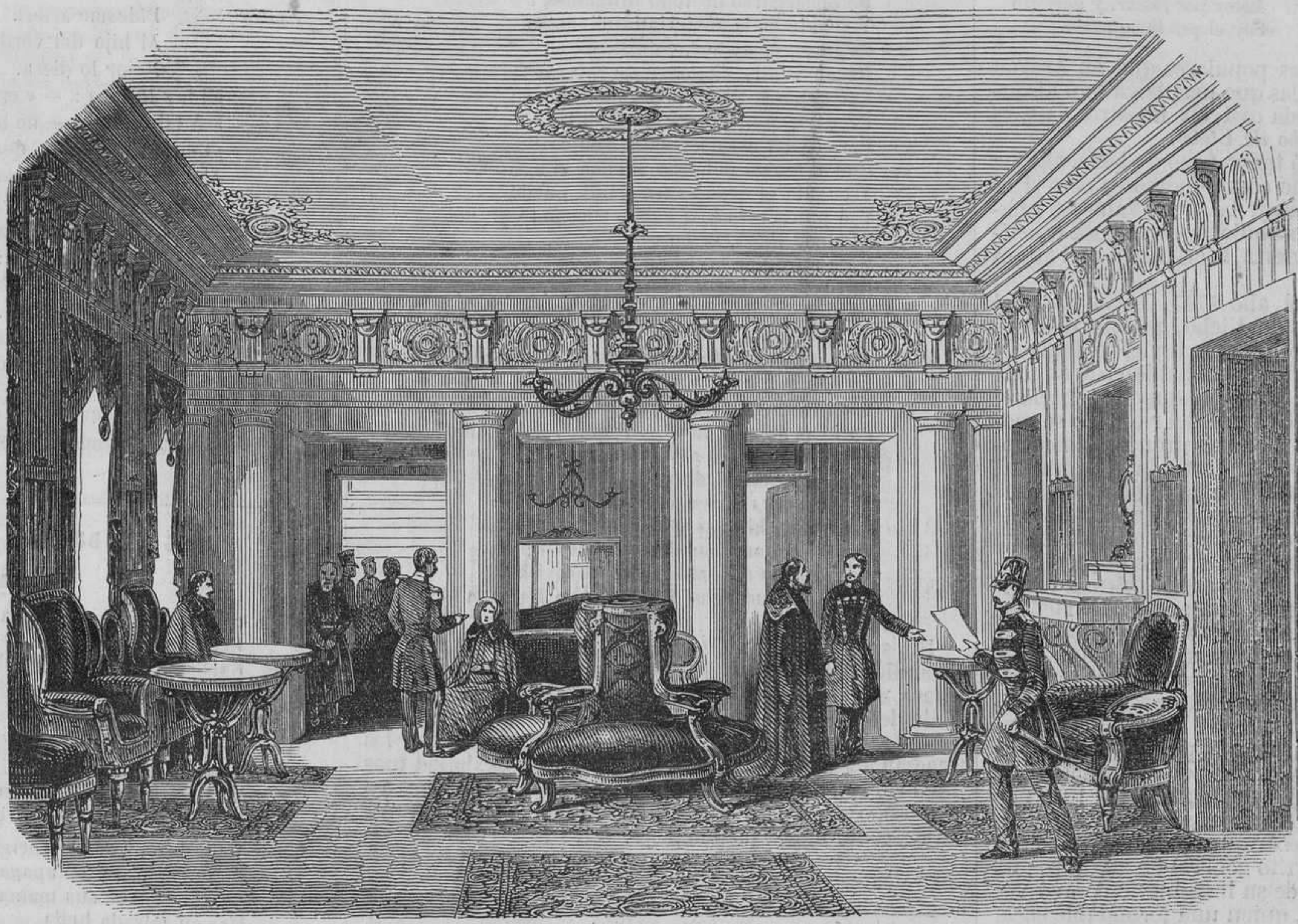
Todos estos motivos decidieron la construcción de una gran casa de correos que se abrió á su destino hace siete años y que figura entre los edificios principales de S. Petersburgo. El italiano Rastrelli elevó en tiempo de la emperatriz Elisabeth el palacio de invierno, la academia, la catedral de Smolna; el francés Montferrand concluyó hace poco la iglesia de S. Isaac, el monumento mas asombroso de la capital que Pedro el Grande con su voluntad de hierro hizo salir de los bosques y los

pantanos y la casa de correos se confió á su entendido sucesor el arquitecto Cavo, de origen español, por el director de postas el general Adlerberg. Por estos cuatro nombres que el acaso reúne y á los cuales podemos añadir el del ingeniero inglés constructor del puente del

ne la forma de un muelle porque va á la orilla de uno de los muchos canales que cortan S. Petersburgo en muchos sentidos. Compónese de tres cuerpos principales: el del centro tiene dos pisos sobre el bajo, en tanto que los otros dos no tienen mas que uno, y estos últimos se hallan separados del primero por anchos pasajes con puertas cocheras. La fachada de que damos una vista completa tomada del otro lado del muelle, es del estilo que llaman en Rusia renacimiento, y que podría pasar por florentino. Ofrece una hermosa muestra del género de arquitectura adoptado para la mayor parte de los palacios de la nobleza y que conviene mucho á toda construcción de ladrillos revestida de yeso. Nada falta ahí; ni las grandes ventanas dobles ni el pequeño alero de zinc sobre la puertecilla de entrada.

Efectivamente en San Petersburgo lo mismo que en Londres, los coches ó los trineos vienen de fuera á colocarse delante de la puerta en la calle, y no penetran en el interior de los edificios por las puertas cocheras. Pero esta disposición un poco mezquina se justifica al menos en San Petersburgo por el rigor del clima. Las casas están

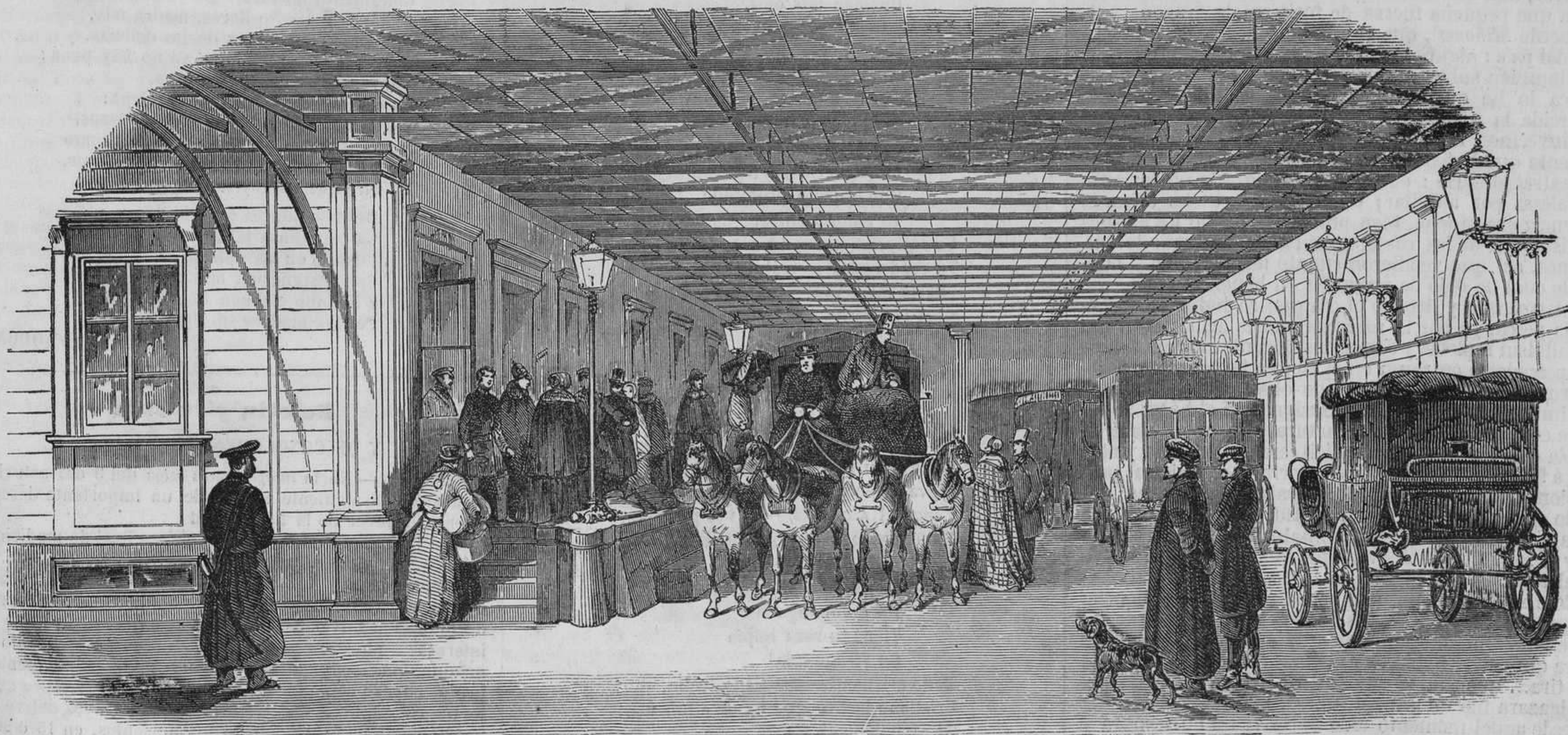
calentadas como invernáculos por medio de caloríferos que llevan hasta la puerta exterior un calor igual y constante, y sería imposible practicar en ellas las grandes salidas que se ven en las construcciones de primer orden de los climas templados. En la casa de correos



Salon de los viajeros.

Newa, se ve como penetra en Rusia la civilización europea.

La casa de correos se halla situada en una de las calles centrales mas anchas, mas animadas y mas ricas, la grande Morskaia, y en la parte de esta calle que tie-



Embarcadero de la casa de correos de San Petersburgo.

se han reservado las puertas cocheras para los pasajes laterales. La una sirve para la entrada, la otra para la salida de las sillas, y los viajeros llegan por un pasaje cubierto de hierro y cristales, bien abrigado y bien caliente hasta el peristilo. Como desde la caída de la tarde los patios, los salones y los talleres están alumbrados con gas, esa viva luz que sucede de repente á la oscuridad de fuera señala á los que llegan el término de su viaje. Los que desean marchar enseguida á su casa hallan en el mismo patio del edificio ya un coche, ya un trineo, segun las estaciones, que les lleva con su

equipaje; pero si no quieren á esas horas de la noche turbar el reposo de su casa, si entre ellos se encuentra algun forastero incierto aun respecto á su domicilio, entonces en la misma casa de correos hay bonitos cuartos arreglados en forma de dormitorios, á un lado para las señoras á otro para los hombres, donde se puede esperar el dia muy descansadamente.

Todo esto se halla perfectamente comprendido y el viajero encuentra en los dormitorios las comodidades que pueden apetecerse en ese caso; pero lo que llega hasta el lujo mas espléndido es el salon de espera pre-

parado para los viajeros, sus parientes, amigos y conocidos, el salon de los dolores y de las alegrías, de las lágrimas y de la risa, allí donde pasan las escenas desgarradoras de la despedida y las locas escenas del regreso. Un mosaico á la veneciana (*terrazzo*), tres hileras de columnas, espejos, sillones, alfombras con profusion convierten esta sala de espera en un salon suntuoso y espléndido donde podrian darse comidas, bailes y conciertos. La Rusia se complace en embellecer todo aquello que tiene que estar en evidencia.

J. P.

El barbo de Utebo.

(CUENTO POPULAR.)

Aunque diga el vulgo vario
Que soy pescado, no es cierto;
Estoy por pescar, y advierto
Soy el pez imaginario.

Varias son las tradiciones populares que en Aragón se conservan, pero una de las que mas boga han alcanzado entre el vulgo, acaecida casi en nuestros días, es sin duda alguna la del *barbo de Utebo*.

Este acontecimiento debió tener, á no dudarlo, alguna significación que nosotros no comprendemos, pero sí es cierto que el suceso tuvo lugar tal como vamos á referir, cargando con la responsabilidad de la poca exactitud que en el cuento se advierte, la crónica á que en un todo nos referimos.

Dice, pues, que allá en el año 1797, hácia fines del mes de julio, los habitantes de Utebo, pueblo distante dos leguas de la capital de Aragón, tuvieron lugar de observar un fenómeno cual nunca se había visto en toda aquella comarca. Dirigiéndose un campesino hácia el Castellar, advirtió que en el centro del río Ebro se movía un objeto que á juzgar por sus grandes dimensiones debería ser un monstruo habitante de la región del agua, el cual tan pronto enseñaba parte de una de sus extremidades, tan pronto se sumergía en el fondo del río; ¿pero cómo y por qué casualidad se encontraba en aquel sitio? esto era lo que despues todos se preguntaban y ninguno sabia darse razón: estas mismas consideraciones excitaban vivamente la atención del rústico, que cuanto mas le miraba, mas crecia su curiosidad y tanto mas se afirmaba, en que era un pescado de colosales proporciones. Vuelto á su casa contó este descubrimiento en la de un vecino suyo y bien pronto se divulgó la noticia por todo el pueblo: el camino del río era á muy poco una verdadera romería, pues no hubo chico ni grande que dejara de cerciorarse por sus propios ojos de aquella extraña maravilla del siglo XVIII: mas de doscientos ojos habia fijados continuamente en el supuesto barbo, y en una de las veces que asomó lo que ellos creían la cabeza, oyóse un grito general de asombro: no faltó quien en lo acalorado de su imaginación creyó ver dos grandes y rasgados ojos, quien una formidable boca, y quien pasando mas adelante unos espantosos y afilados dientes.

Deseosos los de Utebo de apresar á todo trance un objeto del cual tanta satisfacción y gloria les habia de redundar, dispusieron que algunos de los mas atrevidos entraran en el río con unas barquillas, cuerdas, ganchos y todo lo demás que necesario fuese, pero si, que si quieres, ¿quién era el osado que se atrevía á acometer tan grande empresa? ¿quién se acercaba ni con mucho á tan terrible bicho? En este apuro y sin saber qué resolver, dice que dieron parte á Zaragoza para que subiera una pequeña fuerza de fusileros de Aragón (vulgarmente *Miniones*), que era lo mas florido de la juventud del país: algunos malévolos burlones quieren decir que tambien subieron una pieza de artillería, pero yo nunca lo he querido creer: lo cierto de todo es, que esparcida la noticia por la ciudad augusta y pueblos circunvecinos, bien pronto se vió el de Utebo invadido de gente que de todas partes acudia á contemplar suceso tan extraordinario: en Zaragoza no quedaron tartanas ni calesas por alquilar; entretanto en Utebo como la afluencia era mucha, bien pronto dieron fin los abastos y existencias de las casas, no sin gran contento de sus vecinos, así que vendieron cuanto tenían malo y bueno, lo cual no dejó de redundar en beneficio suyo.

Determinado y llegado el día que se habia de verificar la pesca, ya por la mañana ambas orillas del Ebro se hallaban repletas y coronadas de gente: algunos diestros pescadores entraron en el río, en tanto que la fuerza armada quedaba á la orilla observando el menor movimiento del animal; la consigna era el hacer fuego sobre él si acaso (como era natural) se aprestaba á su propia defensa: no les fué difícil cercarlo por uno y otro lado á favor de unos barcos y amarrarlo con ciertas precauciones por medio de grandes cables ó maromas; lo grado esto aumentóse la curiosidad, todos alargaban la gaita, la ansiedad era general, habia un silencio solemne y si se hubiera observado tal vez se hubiese podido oír el ruido de los latidos de tantos corazones aumentando aquellos en número por la natural impaciencia: los que tenían las cuerdas principiaron á tirar de sus extremos y no faltó mujer que le diese una patalata ¿para qué iba si habia de asustarse? Pues señor, tira... que tira... que tira, lo que sacaron del río con extrema-algazara fué un gran MADERO, ¡á ver!!!

Desde aquel momento todo se convirtió en zambra y alboroto; el solemne *barbo* sirvió de núcleo á multitud de epigramas y los habitantes de Utebo tuvieron que sufrir con resignación los blancos y pullas de que fueran objeto, merced á su acalorado modo de proceder y ver las cosas: no faltó hijo de su madre que parodiara esta famosa pesca á la fábula de Fedro *el Monte de parto*, que á no ser así no se hallaría en mi poder en letras de molde, la cual copiada literalmente dice así:

Parturient Montes, nascitur ridiculus mus.

FÁBULA.

De parto un Monté en cierto tiempo estaba,
El « ay de mí » en el cielo colocaba:
La novedad por todos se esparcía,
Y mil gentes curiosas á porfía

Iban á marchas dobles caminando
Hácia el preñado Monte, perdonando
Los trabajos que se hallan siempre fijos
En los viajes penosos y prolijos:
Los sugetos visibles que allí fueron
En favor del paciente á bien tuvieron
De encargarse de todo diligentes:
Y siendo en la materia inteligentes,
Médicos, cirujanos, comadrones
Hacen venir, disponer de regiones
Extranjeras, y en partos instituidas:
Preparan además varias bebidas,
Para evitar astuta y sabiamente
Que al monte enfermo oprima el accidente,
Y cuanto el árduo caso pedir puede
Y á punto rara vez estar, sucede:
El lance llega, el lance deseado.
Y de un dolor vivísimo acosado
El paciente decae, pierde fuerza,
Se abate, desfallece, y su entereza
Se transforma ya toda en cobardía;
Solo, « no puedo mas, » se le entendia:
Le dan valor los sabios profesores,
Y en medio de los sustos y temblores
Parió el monte, parió... ¡quién ha de oílo!
Un ridículo y feo ratoncillo.
A un pueblo así de partes diferentes
A una pesca concurren varias gentes:
Previenen hierros y maromas gruesas,
Buzos, cebos y lanchas olandesas;
Y cogen en silencio... ¡oh maravilla!
En vez de un gran Salmon, una Madislla.

Hijos y habitantes de Utebo, si á vuestras manos por casualidad llegasen los presentes mal apergeñados horrones, no hagais á enojo que uno que lo es de la insigne villa del *Salmon*, se haya tomado el trabajo de zurcirlo; pues lo mismo podrian hacer en este caso quejarse los madrileños con el cuento de su *ballena*: reflexionad mas bien sobre la ligereza de vuestros antepasados, pues yo no tengo culpa en que tal suceso haya llegado á mis oídos, como habrá podido llegar á los vuestros.

J. A.

LA JUDIA CASTELLANA.

BALADA INÉDITA.

— ¡Anda! ¡anda! ¡anda!

— Me llaman los judíos
Flor entre abrojos,
Y los pechos mas frios
Queman mis ojos.

Mas yo te adoro, — buen castellano,
Dáme tu mano, — toma mi fé.
¡Piedad imploro! — no mas rigores,
Y al Dios que adores — adoraré.

— Llevas en el vestido
Señal bermeja, (1)
Que al fruto prohibido
Tu amor semeja.

Yo soy cristiano — tú eres judía:
Tu raza impía — maldita está.
¡Darte mi mano! — de tus amores
Cogí las flores... — pésame ya.

— Morir envilecida
Por él me veo...!
Doy á un hijo la vida
Que muerte ereo.

Brisa galana — de mi lamento
Lleva el acento — pronto á mi amor.
Venga al Alcana (2) — la vez postrera,
Para que muera — yo sin dolor.

— ¡Ir yo á la judería
Dó escomulgada
Tiene tu raza impía
Su vil morada!

Baño cristiano — cristiano techo,
Cristiano lecho — no ha de adunar
Al castellano — y á la judía; (3)
Si él la amó un día — fué torpe amar.

— ¡Ay! que en mi pecho apénas,
Encuentras vida;
Hijo, bebe en mis venas
Sangre podrida.

(1) Por consejo de San Vicente Ferrer se obligó á los judíos de Castilla á traer en sus vestidos, sobre el hombro derecho, un remiendo de paño colorado para distinguirse entre los cristianos. Cuando no lo llevaran, cualquier tenía derecho á apoderarse de sus vestiduras ó rasgarlas.

(2) La Alcana, la menor de las juderías de Toledo.

(3) « Otrosí... ni darles melecinas, ni exaropés, ni se bañen en baño en uno con los dichos judíos y moros. » *Las partidas* LVIII, — tit. 24.)

Mas no, la toledana — flor de este suelo
Tendrá consuelo — para los dos.
Querida hermana — tu pecho, fio
Que al hijo mio — salve por Dios.

— ¡De mis pechos el jugo
Pídesme artera!
Al hijo del verdugo
Mejor lo diera.

Mi ley lo dice: — « cristiana pura
» A tal criatura — no haga tal bien. » (4)
¿Cómo, infelice, — que Dios maldijo
Al mundo un hijo — lanzas tambien?

— ¡Maldito y solitario
Mi pueblo gime:
La sangre del Calvario
No le redime!...

De tí reniegó — Castilla-mia;
Patria en Turquía — nos da Selim...

Mas oyè luego — voz que le manda
Andar... y anda... — y anda sin fin.

V. BARRANTES.

LA MADRE SIN VENTURA.

BALADA.

« ¡Porqué cubierta para mí de abrojos
Está siempre mi vida! »
Exclamaba una madre dolorida,
Arrasados de lágrimas los ojos.

La pobre contemplaba
Que el niño de su amor desfallecía;
El niño no mamaba,
Y su sonrisa de ángel se apagaba,
Y al beso maternal no respondía.

La pobre madre le abrigaba en vano
Con el calor de su apagado pecho,
Le estrechaba sus manos con su mano;
Mas su mirada bella
Se iba quedando fija y cristalina,
Como luz fria de empañada estrella.
¡Ay! aquella flor mística
Se fué doblando de la muerte al hielo,
Y la mujer en su mortal angustia
Alzó la vista y la fijó en el cielo;
Y creyó ver que un ángel la tenia,
Y le elevaba á la celeste altura;
Y cuando en el espacio se perdía,
El niño sonreía.
Con infantil ternura,
Gritándole: « No llores, madre mia,
Que en la eterna Sion de las delicias,
Que desde aquí distingo, ya no hay pena;
Allí recordaré yo tus caricias,
Cuando á Dios acaricie mi melena;
Y así que él rompa tus mortales lazos,
Me hallarás en la puerta; allí te espero
El ángel que me lleva entre sus brazos,
Me dice que yo soy tu mensajero. »

Desde entónces cuando llora
La esperanza la consuela;
Cuando en las veladas ora,
Con resignación murmura:
« Bendito el-buen Dios que vela
Por las madres sin ventura. »

FRANCISCO CAMPRODON.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

MEDICINA. — En la *Independencia belga* del 3 del actual encontramos la siguiente noticia de un importante descubrimiento en favor de la humanidad:

« En la última sesión de la Academia Real de medicina de Bélgica, M. Seiler, doctor en medicina de Ginebra, leyó una memoria muy interesante sobre la dilatación artificial del pecho por un nuevo método de aplicación de la corriente de inducción galvánica, cuyo extracto nos parece que debe interesar á nuestros lectores. El autor ha inventado una máquina por medio de la cual obra, no inmediatamente sobre el cuerpo como ha sucedido hasta aquí siempre que se ha querido aplicar el galvanismo, sino á través del vestido, produciendo de este modo en los músculos, en 15 ó 20 minutos, una fuerte contracción involuntaria que no cesa con la aplicación del galvanismo, pero que dura de 12 á 18 horas y mas. Produciendo estas contracciones en los músculos del pecho dilatados por medio de profundas aspiraciones, se le conserva en ese estado todo el tiempo que los músculos permanecen contraídos. Repitiendo diariamente esta operación se llega en seis semanas ó dos meses á una dilatación orgánica del pecho de 5 á 7 centímetros de circunferencia, sin que pueda este volver á su primitivo estado. De esta manera se aumenta el volumen de aire que respira la persona de 25 á 30 por ciento, ó de dos y medio á tres millones de centímetros cúbicos en 24 horas.

(4) Defendemos, que ninguna cristiana sea osada de criar, ni criar, hijo, ni hija de judío, ni de moro. E cualquier que lo ficiere peche seyscientos maravedis. » Ley de D. Juan I. (*Ordenanzas reales de Castilla.*)

Las vejiguillas del pulmon se dilatan en la misma proporcion y se acercan, bajo el punto de vista de su forma anatómica, al estado enfisematoso de este órgano que excluye siempre la tisis. Además, tomando de nuevo la respiración sus proporciones normales, la sangre, por medio de una arterialización mas completa, va siendo ménos linfática de lo que era. Las personas amenazadas de dicha enfermedad curan de este modo de su predisposición. Cuando la enfermedad está ya declarada, se consigue por medio de esta dilatación, no que desaparezcan los tubérculos que existen, sino que se conserven intactas las partes aun sanas de los pulmones y que se dejen limitados los infartos á su primitivo foco. En cuanto á los tubérculos ya existentes, se reblandecen y curan por supuración, y no se forman otros nuevos; las úlceras se cicatrizan como simples abscesos, pero en vez de producir la enfermedad nuevos tubérculos y nuevas úlceras, acaba por curarse, porque le falta la materia mórbida. Los resultados que el autor obtiene en los enfermos que asiste actualmente en uno de los hospitales de Brusélas prueban que este descubrimiento tiene grande importancia. Las mismas contracciones musculares encuentran igualmente una aplicacion muy útil en las enfermedades de desviaciones de la columna vertebral.

VETERINARIA. — Segun participa la *Sociedad económica imperial de Viena*, un veterinario de Litten, en el reino de Bohemia, ha descubierto un medicamento por el cual se curan las enfermedades pulmonales contagiosas que pueden padecer los ganados vacunos, siempre y cuando la afección se halle en su primero y segundo período. El medicamento, propinado diariamente al ganado de cierta edad, se compone de las drogas siguientes:

Rp. Sal amoniaco en polvo.	2 onzas.
Mostaza molida	2 »
Alcanfor.	1 »
Hinojo.	1/2 »
Raiz de anula	4 »
Semilla de enebro pulverizada.	8 »

Unido á estos ingredientes un poco de harina y agua, se formarán dos píldoras de las cuales se hará tragar al ganado enfermo, una por la mañana y otra por la tarde, repitiendo lo mismo hasta que se logre su mejoría. Puede tambien servir de preservativo, en cuyo caso se propinará solamente la mitad del medicamento.

INVENCIÓNES Y DESCUBRIMIENTOS. — Los periódicos franceses dan cuenta de los felices resultados con que han sido coronados los ensayos que últimamente tuvieron lugar en Tolosa de Francia, en presencia del prefecto del departamento, y otras personas notables, con una nueva fuerza motriz eléctrica, inventada por el señor Dubose, y que debe sustituir al vapor. El aparato es tan pequeño que un hombre puede conducirlo debajo del brazo, y sin embargo pone en movimiento una rueda de 50 centímetros de diámetro, comunicándola una rapidez que en un segundo resultan de 16 á 18 rotaciones, con esta rueda se levanta una palanca de algunos kilogramos de peso. El gasto que hace la máquina trabajando 24 horas, asciende á unos 30 céntimos.

— La fotografía acaba de dar otro paso gigantesco; los señores Meyer y Pleessen de Paris han inventado un procedimiento para aplicar la fotografía en tamaño natural, á los lienzos preparados para las pinturas al óleo.

— Un tal Brouski, vecino de Burdeos, ha descubierto un medio para mejorar la seda, aumentando el producto de los gusanos. Para cerciorarse de lo que hubiese de positivo en tan importante descubrimiento, nombró la Sociedad de estímulo para la industria francesa, una comision especial que presenciase y examinara todas las operaciones y resultados, los cuales dejaron á la misma altamente satisfecha. Con el sistema de Brouski, que es todavía un secreto, entre otras ventajas de consideracion resultaria á juicio de la comision examinadora la de aumentarse en 400 millones de reales la industria de la seda en Francia. El sistema es sencillo, de fácil comprension, igualmente que su aclimatación en diversos países.

INDUSTRIA. — El director de la gran fábrica de papel de Lieja (Bélgica) aplica con grande éxito en la confección de este artículo la fécula de castañas y bellotas, sustituyendo así la de la patata. Esta aplicacion tiene una importancia doble, á saber: destina á la alimentacion la fécula de patatas y da un nuevo valor á productos que hasta ahora apenas lo han tenido.

— Varios periódicos franceses recomiendan muy eficazmente el procedimiento siguiente para la confección del pan: Se cocerán cinco libras de salvado en otro tanto de agua para despues preparar una masa con 50 libras de harina, sirviéndose de aquella agua colada previamente por un cedazo para la segregacion del salvado. Obtiénese así una masa de 72 libras y media de peso, que en la cochura solo mengua en 10 libras resultando un pan muy blanco y exquisito. El amasijo y demás se practica como de costumbr; pero en cuanto al horno hay que tener un especial cuidado que no esté en demasía caliente.

— Los datos relativos al desarrollo industrial en Hungría, despues de cicatrizadas ya las hondas heridas que produjo la última revolucion en aquel país, son por demás satisfactorias. Hungría puede en el dia proveer á toda la monarquía con azúcar preparada de remolacha, en lugar de grano; puede exportar harina, en lugar de la colza en semilla, el aceite que se saca de ella, en lugar de pieles sin aderezar, las expende ahora perfectamente curtidas, etc., y así avanza rápidamente por la escala del progreso y perfeccionamiento industrial, pudiéndose desde luego esperar que Hungría será dentro de poco una verdadera fuente de riqueza para la monarquía de Austria, y hará concurrencia con los Estados de la Union aduanera. Háse establecido una fábrica de curtidos en tan grande escala, que hará enteramente innecesaria la importacion de 500,000 quintales de

curtidos extranjeros. Constrúyense asimismo grandes molinos para fabricar harinas en considerables cantidades.

— Al concluir la Exposicion Universal de Paris, llegó una máquina costurera de los señores Feher, Reimann y compañía húngaros, que entre los aparatos que de la misma clase se han construido hasta ahora es la mas sencilla, pero que en sus efectos aventaja á todas las demás. Hace un respunte finísimo en batista ó lienzo de Holanda, y es mucho mas equitativa que la americana. En el trascurso de una semana han sido construidas en Paris hasta 120 de estos admirables aparatos industriales.

— En la feria de Niyegorod llamaba la atencion, segun dicen los periódicos rusos, una casa toda de hierro, compuesta de antesala, despacho, sala, alcoba, comedor y cocina. La fachada tiene tres ventanas y está adornada con columnas. Las paredes, el techo, las escaleras, etc., son de hierro. Su peso es de 800 puds (1 pud=14.22 onzas de Castilla) y el precio de 1,606 rublos de plata (6,400 francos). Para desmontarla en un dia, bastan dos ó tres hombres, y para volverla á armar se necesitan solamente dos dias.

AGRICULTURA Y ECONOMIA RURAL. — El *Morning Chronicle* tratando en un extenso artículo de los recursos de que dispone el imperio ruso, consigna los siguientes datos relativos á la riqueza de su industria agrícola. En 1851 produjo la Rusia 67.400,010 cuarteras de trigo y 97.873,000 de diversos granos: total 165.283,000 cuarteras. Además de los cereales produce dicho imperio, 12.752.000 cuarteras de patatas. En las praderas y tierras incultas mantiene rebaños innumerables.

— El gobierno francés, apoya muy eficazmente la operacion del drenage, ó sea desagüe de los terrenos pantanosos para hacerlos fértiles, y en la próxima reunion del cuerpo legislador, se discutirá la ley especial que al efecto ha formulado el ministro del ramo.

— Para favorecer el desarrollo y lozanía de los árboles que de los criaderos han de ser trasplantados, conviene, segun prescribe un experimentado arboricultor alemán, observar el procedimiento siguiente: los agujeros ú hoyos en donde ha de colocarse el árbol, se abrirán en otoño, dándoles dos y medio piés de profundidad y de tres á cuatro de ancho, amontonando separadamente la buena y mala tierra. Al proceder á su plantacion, se echará la buena tierra al fondo del hoyo, para que el árbol no entre en demasía en la tierra; falta que se comete en casi todos los países. Luego que esté ya fijo en su respectiva posicion, se sembrarán por encima de las desnudas raíces, dos buenos puñados de cebada, cubriéndola acto seguido así como las raíces, con una capa de tierra de 8 á 9 pulgadas pero sin pisarla muy fuertemente, evitando así que la cebada se pudra. Las raíces absolutamente absorben desde luego ansiosas la sustancia glutinosa de la cebada, dando de esta manera el mejor resultado.

— El *Tussah*, gusano de seda del *Bombyx Mylitta*, es verde esmeralda con puntitos de oro y manchitas de plata, se cria en la parte montañosa de Bengala y produce la seda que constituye un considerable artículo de comercio en aquel país. Su capullo es muy grande y contiene diez veces mas seda que el de los gusanos de moreras. De estos últimos se necesitan para un kilogramo de seda próximamente 6,000 capullos, mientras que 600 capullos de gusanos de *Tussah* son suficientes para igual peso. Guérin Meneville se ha consagrado asiduamente á la cria de este gusano en Francia, y despues de muchos ensayos bastante difíciles, ha conseguido, segun parece, la procreacion y aclimatación de esta especie. En la exposicion de horticultura en los Campos Elíseos de Paris véaseles comer con voracidad hojas de encina.

ARQUEOLOGIA. — Al practicar excavaciones, no ha mucho, en Argos, ciudad de la Grecia, en el sitio que ocupó el famoso templo de Juno, se han descubierto 300 estatuas antiguas y fragmentos de escultura. En el palacio de S. E., en Nemrod, fué hallada una grande y magnífica coleccion de objetos de marfil, restos de un trono, y de muebles con dorados esmaltes, cabezas de egipcios de una ejecucion perfecta, toros, leones, etc. Todos estos objetos monumentales tienen un mérito arqueológico extraordinario para estudiar la civilizacion de los antiguos asirios.

MOVIMIENTO LITERARIO EN ALEMANIA. — Para dar á nuestros lectores una idea del prodigioso desarrollo literario de Alemania, transcribiremos á nuestras columnas la siguiente reseña tomada del periódico titulado, *Museo alemán*.

En el primer semestre de 1855, han sido impresas en Alemania, 3,879 obras diferentes. Comprenden este número, 1,169 publicadas en Leipsik y Berlin, 598 en la primera de estas ciudades, y 571 en la segunda. A estos dos grandes centros de publicacion sigue Stuttgart con 197 obras, Hamburgo con 96, Munich con 93, Ratisbona y Francfort del Mein y Hall cada una con 62, Breslau con 56, y en fin Dresde, Erlangen, Brunswick y Veimar con números inferiores. Veamos ahora las partes que tomaron en estas publicaciones los diferentes Estados alemanes. Prusia figura en primer término, pues ha producido hasta 1,242 obras, mientras que Sajonia solo imprimió 724, Austria 715, Baviera 397, Wurtemberg 270 y Hannover 109. Las últimas partidas de esta escala son las respectivas á Lübek, ciudad libre, el gran ducado de Luxemburgo y el principado de Waldek, que dieron á luz tres obras cada uno, mientras que Lippe-Detmold solo cuenta dos, y una Anhalt-Bernburg y Hese Homburg. Por último hemos de advertir que muchas obras se han publicado además en el extranjero; á saber: en Suiza 155, en Rusia 31, en Hungría 16, en Francia 12, 10, en Bélgica, 6 en Dinamarca, 3 en Holanda y una en Inglaterra; total 235. Reasumiendo, pues, todas las obras publicadas en los primeros seis meses de 1855, resulta un total de 4,114.

QUÍMICA VEJETAL. — El señor Harting ha presentado á la

Academia real de los Países-Bajos, en la sesion del 28 de octubre de 1854, una memoria en la cual da cuenta acerca de la investigacion, que en union con el señor J. W. Gunning, habia emprendido sobre la cuestion de la asimilacion del ázoe ó nitrógeno de las plantas.

Tambien un tal señor Munder ha procedido á un exámen análogo, con resultados muy parecidos á los que han logrado los primeros. Mulder tiende á demostrar á su vez que el ázoe puede contribuir indirectamente á la nutrición de las plantas por su absorción en la tierra vegetal, en la cual se convierte en sal amoniaco y en nitrato, pero que el ázoe del aire no entra jamás en las plantas como cuerpo simple gaseoso. En cuanto á este último extremo, habian los experimentos practicados por los señores Herting y Gunning, conduciéndoles á resultados negativos y lo propio al señor Boussingault. Segun todas las experiencias publicadas hasta ahora por los diferentes investigadores que se han ocupado con este objeto, se considera la cuestion reasumida en los siguientes tres puntos:

1º Las plantas absorben las sales amoniacas y los nitratos que se hallan en la tierra, por sus raíces; 2º el ázoe del aire contribuye á la formacion de aquellas sales en la tierra y en su consecuencia, indirectamente á la nutrición de las plantas; 3º nada prueba hasta ahora que el ázoe del aire contribuye directamente á su nutrición.

ESTADÍSTICA. — Segun recientes datos estadísticos oficiales, las provincias mas contiguas al mar Negro y al de Azoff, poseen la Bessarabia, Chersoneso, Ekaterinoslau, la Táurida, el territorio de los cosacos del Don y el gobierno de Sebastopol 4.323,000 cabezas de ganado mayor, mas de la mitad de lo que la estadística da á toda la Francia. A deducir del cuadro estadístico del señor Arsenieff contábase en 1846, 24.700,000 cabezas de ganado mayor, y si á esta cifra se agregan las que hay en Finlandia, resultarán cuando ménos 25 millones, número que da en Rusia un poco ménos de cinco cabezas por cada doce habitantes, mientras que en Austria la proporcion era ántes de 1850, de 3 por 10, en Prusia de 1 por 3, y en Francia un poco ménos de 1 por 4.

De los guarismos consignados puede inferirse que la Rusia está en el caso de proveer de carnes, no tan solo á sus ejércitos, sino al mismo mercado occidental, con tanta mayor facilidad, cuanto los gobiernos ó provincias inmediatas al teatro de la guerra son precisamente las que poseen mas ganado vacuno, y que pueden mantener triple número de este en caso necesario.

— En el territorio de Indramai-ju (entre Batavia y Scheribon en la costa septentrional de Java) fueron muertos, segun escriben al *Standart*, en los ocho primeros meses hasta 83,573 animales dañinos, entre ellos 60 tigres, 9,000 jabalies, 13 aligadores, 2,000 ardillas, 67,000 ratas y 5,400 moscos ó almiscles.

— De una estadística relativa despréndese que el valor total del oro y de la plata que ha sido acuñado y elaborado en Méjico desde 1521 hasta 1852, ó sea en 331 años, sube á 3,562 205,000 duros, guarismo que descompone en la forma siguiente:

Plata acuñada	2,607.786,000
Oro idem	126.919,000
Ambos metales elaborados en alhajas, etc.	827.500,000
	3,562.205,000

Calculase que de esta cantidad habrán quedado en el país unos 100.000,000 próximamente. La acuñacion de monedas ha tenido sus alternativas de alzas y bajas. El año que mas á saber en 1809 subió á 24.708,000 pesos, despues en 1837 descendió á 517,000: se ha ido restableciendo hasta llegar (en 1852) á 2.770,000.

— Para formarse una idea acerca de cual habrá sido el gasto de municion hueca durante el sitio de Sebastopol, basta saber que una sola fábrica de fundicion en Inglaterra suministró al gobierno durante unos ocho meses 270,000 granadas y bombas con un peso total de 330,000 quintales. Ocuparon en su confección unos 2,000 trabajadores; de manera que la cantidad diaria que facilitaba dicha fábrica ascendia á 3,000 quintales. Aun habia el gobierno contratado con el propio objeto otros muchos establecimientos de esta clase.

— Hé aquí algunos datos oficiales que ponen de manifiesto el botín que hicieron los aliados al ocupar el arrabal de la Karabelnaia:

Piezas de artillería, 179 emplazadas en el grande Redan con 146 de reserva; 213 en Malakoff y el pequeño Redan, con 139 de respéto: en la Batería Baja 64 y en el Arsenal 1,481. Total de bocas de fuego, 2,222.

Contáronse 330,000 proyectiles sólidos y huecos, y los no contados ascenderán á 60,000 próximamente.

El valor de las diferentes máquinas y aparatos fué atasadado á 40,000 libras esterlinas, las cadenas, anclas y demás repuestos marítimos á 20,000, y el hierro viejo á 12,000 libras esterlinas.

Halláronse además 3,000 toneladas de excelente carbon, tres millones y algunos miles de raciones.

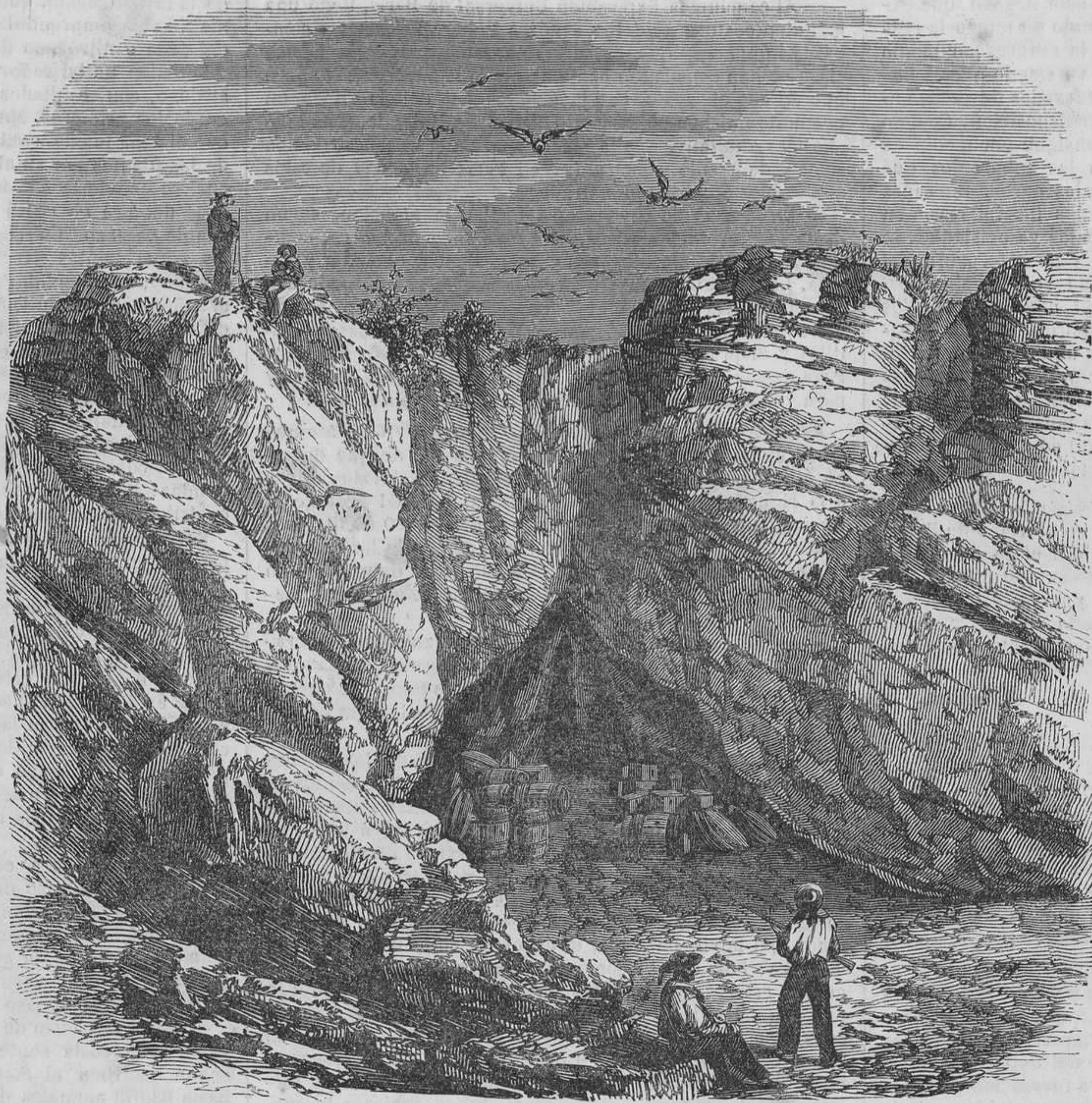
El número de uniformes viejos, cascos, sables, fusiles y otros objetos recogidos fué asimismo muy notable.

— El Austria con todos sus Estados cuenta, segun el censo mas reciente, una poblacion total de 37.356,700 almas.

— Paris tiene en el dia 1.200,000 habitantes. Ocurren por término medio cuatro quiebras diarias, se despachan en las casas de préstamos del gobierno unos 315 recibos, ingresan en los hospitales 100 enfermos, sobrevienen dos casos de suicidio, 94 defunciones ordinarias, 2,500 embargos por 200 ejecutores, se cometen cada dia 78 crímenes entre leves y de gravedad, y se gastan 4 millones de francos por alquileres de casa, alimentos y vestidos. Durante la estacion del verano se ocupan diariamente 465,000 trabajadores, y 235,000 en la de invierno.

La isla Boöbi (Australia).

El estrecho de Torres, tan peligroso para los navegantes, se halla muy practicado desde hace unos veinte años por los capitanes del comercio que de Sydney van á la India, y como ántes de la publicacion de la carta exactísima del capitán Blacwood (publicacion muy reciente) se perdian en la entrada y en el interior del estrecho muchos mas buques que se pierden hoy (y sin embargo, nos han afirmado en Company que el año último se perdieron de treinta á cuarenta), los ingleses despues de haber tenido la idea de elevar á la entrada en la isla Raine una torre de madera bastante alta para que pueda servir de punto de reconocimiento, tuvieron otropensamiento humanitario, cual es el de colocar sobre el camino que los pobres náufragos estaban obligados á seguir con sus embarcaciones (arrastrados como se ven allí en una direccion dada por un viento y una corriente constantes) al mismo tiempo que un *post-office* donde los que pasen puedan dejar cartas y noticias para que otros las recojan, un depósito de víveres de todas clases, como galletas, carnes saladas, conservas, aguardientes, agua dulce, etc., para los infelices náufragos cualesquiera que sean. Ahora bien, despues de haber concebido la idea de establecer estas dos cosas tan útiles sobre la isla Raine, tuvieron que renunciar a su propósito porque esto no podía servir entónces mas que para las tripulaciones que se perdian á la entrada misma del estrecho, puesto que, cuando se ha entrado en ese estrecho no se puede volver por el mis-



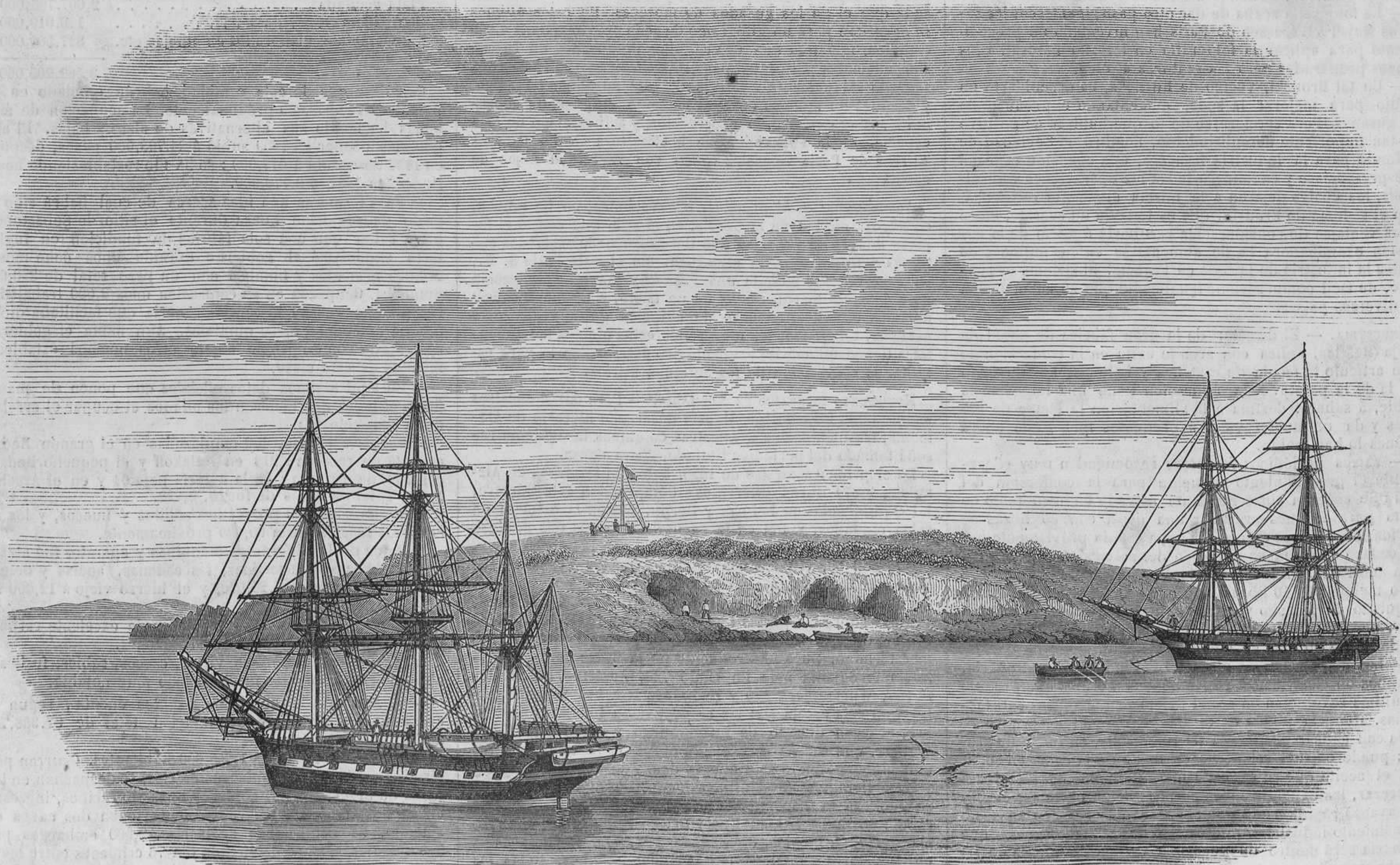
Vista interior de la gruta de la isla Boöbi.

mo camino. Parece ser que con tales fines eligieron en 1839 un islote madrepórico que se encuentra á la salida del estrecho, por consiguiente en el Oeste, á cuyo lado

no almacén de víveres de la isla Boöbi! No es posible pensar en esto sin enternecerse, como siempre se enternece uno á la vista de toda accion generosa.

hay que pasar por fuera. El *post-office* (cajon de hierro batido) está junto al palo de señales que se ve en nuestro dibujo y el depósito de víveres á la izquierda en primer término. Para completar una obra dictada por una de las mas hermosas inspiraciones filantrópicas, el gobernador de Sydney prescribió á todos los buques de su nacion que pasen por el estrecho de Torres que fondeen bajo la isla de Boöbi el tiempo suficiente para enviar una embarcacion á recoger las cartas y noticias que pueda haber en el cajon de hierro, y reemplazar los víveres que falten.

Sin duda se extrañará que ese almacén de provisiones que se halla tan cerca de los salvajes del Norte de la Australia, tan dados á la rapiña, no sea robado frecuentemente, pues no hay ninguna guarnicion en la isla Boöbi y los víveres están abandonados en el fondo de una caverna abierta al aire libre; pero á esto se responde que las corrientes que allí parten *siempre* como los vientos del Este al Oeste, tienen una rapidez de cuatro á cinco millas por hora, y que los salvajes saben muy bien por experiencia, que si se atreviesen á llegar á Boöbi en sus frágiles piraguas, le seria imposible volverse. — ¡Honor al espíritu de alta caridad, que ha infundido al gobierno inglés la idea de la construccion de la torre de la isla Raine primeramente, y luego la del establecimiento del *post-office* y el peque-



La isla Boöbi á la salida del estrecho de Torres.